

inteligencia recesión libro textos navegar
pronto visión descubrimientos asumir
ntos yo luego tú naturalmente charla
eza saber amistad sensualidad color
fauna lluvia Todo primavera
Montaña vía y su extravagante
saciedad contrario vivacidad
respecto dibujar dormir correr párrafos
ad lectura escritura manuscrito vida
e apoteosis Palabras+ democracia encanto
ástrofe puente canal embocadura versos
ión «De la traducción a la creación» yoga
a alegría Concurso de relatos 2017 espacio
ar menospreciarse compasión moda dar
después fuerte paisaje
influir ignorar niños salto
to mundo comunicación filosofía
umilde batalla antes intercambio



placer

flamenco

pensar

ÍNDICE

BASES DEL CONCURSO	1
PREFACIO	5
LA APAÑAPALILLOS	7
FLECHAZOS	11
SUCEDIÓ EN UN PUEBLO COMÚN Y CORRIENTE	15
¿DÓNDE FUE A PARAR MI DECENCIA?	19
FUERA DE FOCO	23
LA PITONISA	27
MARICRIS Y SU ÁNGEL PELUDO	31
JUICIO PÓSTUMO	35
DANIELA	39
EL MULATO	43
DULCE FRUTA AMARGA	47
EL HIJO MULATO	51
CONTESTA A LAS SIGUIENTES PREGUNTAS	55
CAZANDO MULATAS	59
HÉROES Y VILLANOS	63
PUNTO DE INFLEXIÓN	67
QUID PRO QUO	71
NOVIA POR...	75
LISTA DE AUTORES Y LECTORES	79

BASES DEL CONCURSO



Palabras+ y la Asociación de Funcionarios Internacionales Españoles (AFIE), en colaboración con la Facultad de Traducción e Interpretación (FTI) de la Universidad de Ginebra, la Asociación Internacional de Traductores de Conferencias (AITC) y el Club del Libro en Español, convocan la cuarta edición del:

CONCURSO LITERARIO PARA TRADUCTORES E INTÉRPRETES

«De la traducción a la creación»

Porque en la interpretación del mundo cabe todo y su contrario, cada uno tiene su propia visión de la realidad y queremos leer la tuya. ¡Te invitamos a la cuarta edición del concurso «De la traducción a la creación»!

1. TEMA DE LA CUARTA EDICIÓN DEL CONCURSO: «Todo y su contrario»

Te proponemos que incorpores a tu relato esta lista de palabras o sus derivados. Envíanos también una fotografía, un dibujo o cualquier otro elemento gráfico que dé color y fuerza a tu texto.

- Raro
- Decencia
- Mulato
- Chismorrear

2. PARTICIPANTES

Podrán participar las personas que trabajen o hayan trabajado como traductores o intérpretes, sean empleados permanentes, temporeros o jubilados, así como los estudiantes de traducción e interpretación.

3. PRESENTACIÓN DE LAS OBRAS

Cada concursante presentará un relato en el que integrará las palabras propuestas. Han de cumplirse los siguientes requisitos:

- Las obras estarán escritas en español, serán originales e inéditas y no habrán sido premiadas con anterioridad ni estarán pendientes de fallo en otros certámenes.
- No tendrán más de 1.000 palabras y se presentarán en formato PDF, en caracteres Arial 11 a doble espacio.
- Los relatos se enviarán por correo electrónico a la dirección palabrasmas@afie.es y se indicará el seudónimo del autor en «Asunto». Se adjuntarán al mensaje tres ficheros: un documento Word titulado [SEUDÓNIMO DEL AUTOR]_DATOS.doc en el que consten exclusivamente el título de la obra, los datos personales del autor, su correo electrónico y número de teléfono y una breve descripción (máximo 5 líneas) de su experiencia justificable como traductor o intérprete; un documento PDF titulado [SEUDÓNIMO DEL AUTOR]_RELATO.pdf que contenga el relato

firmado con el seudónimo; y un tercer fichero titulado [SEUDÓNIMO DEL AUTOR]_IMAGEN.jpg con la imagen que hayas elegido para ilustrar tu relato.

La persona encargada de la recepción de los trabajos velará por el secreto de la autoría. Al final del concurso desvelaremos los nombres de los lectores y de los autores, sin indicar quién es el autor de cada relato (excepto en el caso de los dos relatos ganadores).

4. JURADO

Si no quieres enviar un relato, pero te gustaría participar en el jurado, puedes inscribirte para evaluar los textos de tus colegas. Todos los relatos serán evaluados por varios lectores que los calificarán de 1 (puntuación mínima) a 10 (puntuación máxima). Ganará el relato que obtenga la puntuación media más alta. En caso de empate, Palabras+ elegirá el relato ganador.

5. INSCRIPCIONES Y PLAZOS

Puedes inscribirte como escritor enviando tu texto antes de las 12 de la noche (hora de Ginebra) del 23 de junio de 2017 a la dirección palabrasmas@afie.es.

Si quieres inscribirte como lector, envía un mensaje electrónico con tu nombre y apellidos, dirección de correo electrónico, teléfono de contacto y una breve explicación (máximo 5 líneas) de tu experiencia profesional en el mundo de la traducción o la interpretación a palabrasmas@afie.es. El

plazo para inscribirte como lector expira el 23 de junio de 2017 y el plazo para evaluar los textos termina el 11 de septiembre de 2017.

6. PREMIOS

- La satisfacción de haber escrito algo que ha despertado el interés de tus colegas.
- La publicación electrónica de los mejores relatos en la [página Web del concurso](#) y su difusión en otros sitios Web relacionados con la traducción y la interpretación.
- Los autores de los dos relatos ganadores recibirán un vale de 250 CHF y 150 CHF, respectivamente, para una librería de su elección. Los premios de la cuarta edición del concurso serán financiados por la [Embajada de España en Berna](#).



7. OTRAS CONDICIONES

- La presentación de una obra y la inscripción como lector suponen la plena aceptación de las presentes bases por parte del participante.
- El fallo del jurado, que será inapelable, se hará público en la [página Web del concurso](#) a lo largo del mes de octubre de 2017.
- Los miembros de Palabras+ podrán participar en el presente concurso, pero no podrán optar a ninguno de los premios.
- Se ruega dar la máxima difusión.

Palabras+

PREFACIO

«Todo y su contrario»

Un año más os presentamos algunos de los relatos con los que traductores e intérpretes de todo el mundo han respondido a nuestra convocatoria. El tema de esta edición era «Todo y su contrario», y pedíamos que los escritores incluyeran en sus textos cuatro palabras: raro, decencia, mulato y chismorrear. Elegimos términos que, quizá, dejaran entrever algunos de los prejuicios que todos llevamos dentro. Esta propuesta nos ha permitido recibir unos relatos profundos, sorprendentes, líricos, verdaderas reflexiones sobre el ser humano, sus manías, tristezas, alegrías y ensoñaciones. Os invitamos a leerlos y a reflexionar sobre vuestros propios prejuicios...

Este año, los lectores han distinguido con el primer premio a Bárbara Díaz-Munío por el relato «La apañapalillos» y con el segundo premio a Alicia de la Calle por «Flechazos».

Queremos dar las gracias a todos los que participan en esta iniciativa: a los autores por supuesto, a los lectores que han calificado los relatos, a la AFIE que acoge el concurso desde el primer año y a los colegas que de una u otra manera nos animan a continuar. Esperamos que nuestro público disfrute con esta selección.

LA APAÑAPALILLOS



Y mira que el día había empezado bien... Me había despertado de buen humor, lo que es raro cuando te duelen las rodillas como a mí. Me las froté con grasa para botas, me levanté y me eché un chal por encima del vestido, que ya sé que es una vergüenza, pero últimamente duermo vestida, tontuna desvestirse por la noche para volver a vestirse por la mañana. Miré en la alacena, aun sabiendo que no quedaba nada. Hubiera pasado por el bar Rincón a ver si Elvira me invitaba a un café con leche, pero la última vez que me vio recoger los palillos del suelo, su marido se enfadó y me echó. Una pena porque, aunque hay que recoger una barbaridad de ellos, hacen una llama estupenda que huele a grasilla de chipirones y de morcilla. Yo no siempre como, pero en mi casa huele como si comiera.

Hace más frío del que pensaba. El sol paliducho que entraba por la ventana me ha engañado. Recojo las puntas del chal y las trabo en la cinturilla del vestido para tener las manos libres. Paso por el taller de punto y meto en una bolsa los retales que han tirado a la basura. Hay algunos trozos tejidos, pero llenos de agujeros y sin rematar. Dentro de poco tendré suficientes para hacerme otro chal más abrigado. Sigo la ronda despacio para poder mirar todas las basuras, sin contar que los

juanetes me están matando. En la basura de la farmacia hay unos tarros de cristal estupendos, solo hay uno roto, pero no los cojo. Los platos se respetan.

Llego a casa del médico y subo al primer piso. Toco la aldaba y me abre una de las chicas.

— Señorita, vengo a por los trapos. Antes de desinflarme, encadenó:

— Y si es usted tan amable, ya sé que no es miércoles y no me toca, pero ¿no me daría un tazón de leche con sopas, por favor?

Me mira inclinando la cabeza y debe de verme cara de hambre porque se gira y vuelve a la cocina a calentar la leche. Me siento en la escalera de madera y por la puerta que ha dejado entornada veo un arcón de madera labrada sobre el que reposa una virgen dolorosa. El arcón brilla como una castaña y el olor a cera llega hasta la escalera. Antes de que me dé tiempo a encontrar el nombre de la virgen, vuelve la chica con un bol y un hatillo debajo del brazo:

—Pasó ayer Micaela y se llevó las latas y los trapos, pero he encontrado estas combinaciones viejas de la señorita.

Sin dejar de comerme las sopas, meto la ropa en la bolsa pensando que no hay derecho, que ya no hay decencia en este mundo, que los trapos siempre han sido para mí, las latas para Micaela y las botellas para la Chochete. El mundo está organizado así y así funciona bien. El resto es descalabro, anarquía.

Agradezco la bondad a la chica y me marcho con pena. Con lo bien que estaba ahí sentada, respirando el olor a cera, mirando a la dolorosa y descansando los pies... Me levanto con dificultad, recojo una a una mis bolsas y vuelvo a bajar.

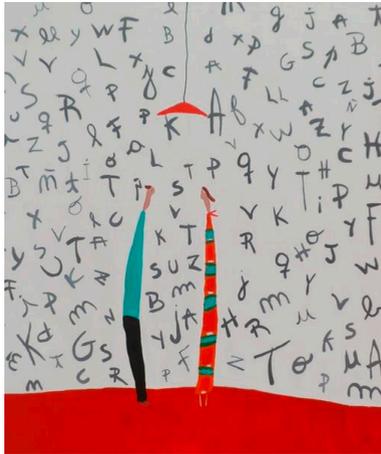
Hago la ronda de los bares donde aún me dejan entrar. El dueño del Barlovento es un cochino que cambia el serrín de Pascuas a Ramos: los palillos están bien grasientos, pero traen pegados todo tipo de porquerías, van a echar su montón de humo. La bolsa va llenándose poco a poco. Evito el bar de los gallegos. Solo hacen pulpo y eso se come con tenedor. Calle arriba, sigo recogiendo palillos de bar en bar, y llego a la Atalaya jadeando.

Me siento en la hierba, contra el murete que me separa del mar. Esto no es vida, los pies me están matando, estoy agotada y me muero de sed, que está el sol bien alto. Me quito el chal y me acuerdo de las combinaciones de la hija del médico. Saco una de la bolsa. Es demasiado grande para mí: me estoy quedando en la nada. Es de color palo de rosa y se resbala sola. Se me engancha en las grietas de los dedos cuando me la llevo a la nariz. Huele a polvos de arroz y a un resto de perfume. Decido que es un perfume francés mientras me la pongo por encima del vestido. Retorciéndome y encogiéndome ahora un brazo y luego el otro consigo quitarme el vestido y quedarme solo en combinación. Se me pone la piel de gallina del gusto. Me recuesto de nuevo contra el murete, poniendo cuidado en forrarlo con el chal para que no se me malogre el raso. Cierro los ojos y estoy tumbada en la playa, igual de desvestida. A mi lado, el mulato del anuncio de la tienda de Ultramarinos y Coloniales. El del sombrero de paja que lleva un coco en la mano y pantalones de rayas. Solo que ahora lo que tiene en la mano es una pluma de marabú con la que me acaricia los muslos. Miro desde arriba mis rodillas nudosas, que ya no me duelen nada y estoy a punto de pedirle que le dé más garbo a la pluma cuando me despiertan los berridos escandalizados de una madre que grita a sus hijos *No la miréis*, pero claro que me miran: en ropa interior, con la mano aún en la entrepierna y el moño en desorden. Me quito unas hormigas de las piernas mientras veo alejarse a la mujer. Va arrastrando del brazo a los chiquillos, apurada por pregonar un chisme

que va a recorrer el pueblo como un viento con prisa. Me despido de la poca honra que me quedaba, me embozo en el chal y me voy a casa: mañana no salgo. Y pasado, seguramente tampoco. Por suerte he comido sopas y tengo la bolsa llena de palillos. ¡Carajo, cómo me duelen las rodillas!

Alice Clavel

FLECHAZOS



Lo reconozco, soy muy enamorado. Supongo que no es raro que un hombre relativamente joven como yo sea tan enamorado, o quizás no, no sé, yo se lo explico para que decidan ustedes mismos.

No busco justificación, pero es que están todo el tiempo a mi alrededor, las escucho, las oigo, no me puedo resistir...y me enamoro perdidamente. A veces son grandes amores, sólidos y duraderos; en cambio otras veces son escarceos, amoríos fugaces...aunque la mayoría de las veces, lo confieso, me limito a escucharlas, y a admirarlas, a ellas, a Las Palabras. Me gusta elegir una y repetirla mentalmente hasta que pierde todo su significado y se convierte en un sonido extraño, insólito, que me evoca imágenes o músicas lejanas.

Hace poco me encontré con «jabalí»; lo repetí «jabalí, jabalí, jabalí»...innumerables veces y el sonido se convirtió en una danza polinesia de mujeres de pelo largo con collares de flores de hibisco bailando el Hula.

No soy mal parecido, soy culto, simpático y educado, poco dado a los chismorreos, así que oportunidades no me han faltado.

Mi primer amor fue una inglesa: **Strength**, me gustó su fuerza, iqué carácter! iqué seguridad!: Yo, casi aún adolescente, me vi arrastrado por esa palabra, corta, pero llena de recovecos, segura de sí misma, imponente...pero era demasiado joven para ella y a los pocos meses me abandonó.

Después llegó **Magari** una italiana juguetona, simpática, burbujeante, icómo nos reímos juntos! iqué bien lo pasamos!...pero era demasiado frívola, me era infiel un día sí y otro también, y claro, acabamos dejándolo.

Al poco tiempo apareció **Filoxenia**, una griega intensa, apasionada. Con ella conocí el cielo y el infierno, tan pronto te llevaba a las nubes como te arrastraba al abismo...te lo daba todo para arrebatártelo poco después. Fue maravilloso pero agotador, y acabé por salir huyendo como un vil cobarde.

Poco después conocí al amor de mi vida:

Jeitinho, una mulata brasileña que me volvió completamente loquito. Por ella abandoné toda decencia. Me arrastré, la seguí al fin del mundo, quería ser, como dijo Brel, la sombra de su sombra, pero ella buscaba otra cosa, buscaba la fama, quería subirse a los escenarios, ser aclamada, estar en boca de todos. Lo consiguió, forma parte de una canción conocidísima, pero cuando me dejó creí morir. Me sumí en una profunda tristeza, ya no me interesaba nada en la vida salvo llorar a lágrima viva y deshacerme en suspiros oyendo una y otra vez *«Ne me quitte pas»*.

Me sacó de mi postración una amiga de la infancia: **Querencia**. Nos habíamos criado juntos en una pequeña ciudad castellana. Habíamos compartido juegos, pandilla, colegio e instituto. No tenía el glamour de las otras, pero era cálida y generosa y firme como una roca. Una cosa llevó a la otra y ya llevamos ocho años juntos. Es verdad que alguna vez ha habido algún que otro amorío pasajero (recuerdo bien a la francesita **Bredouille**), pero fueron aves de paso que me dejaron poca huella. Y aquí sigo con **Querencia**, nos llevamos bien, tenemos los mismos gustos y somos moderadamente felices.

Alguna veces, pocas, coincido con **Jeitinho**, y aún se me acelera el corazón cuando me mira y me habla con esa cadencia de bossa nova, con esa risa contagiosa...pero sé que es una ilusión, que lo que pasó, pasó, que nunca me quiso como yo a ella.

Y vuelvo a mi **Querencia** que siempre me espera con los brazos abiertos.

Adela

SUCEDIÓ EN UN PUEBLO COMÚN Y CORRIENTE



En esta historia hay un tipo raro que dedica sus ratos libres a tejer con agujas, hay un suceso que pudo haber sido o que es un chisme nada más, aparece la Decencia, ella misma, como una señora respetable trajeada de domingo, y uno de los personajes es mulato. Contaremos los hechos con la mayor fidelidad, lo sucedido y nada más. El lector sabrá desenredar la madeja y ya verá quién es quién.

Eran solo las cuatro de la mañana cuando sonó el móvil del inspector Gallegos. Alguien había llamado a la comisaría poco antes para avisar que había visto un brazo a la orilla del camino de Monteaguas. No dijo más, y el oficial de guardia había remitido a su superior. El sabría qué hacer.

San Pedro Albores había sido siempre un pueblo tranquilo de gentes ordinarias que dedican sus ratos de ocio al fútbol, como tiene que ser, y en la página de sucesos del diario local era lo de siempre: violencia familiar, el incendio doloso del establo de algún vecino que se lo había buscado por no dar su parte al que lo controla todo, nada más, cosas de la gente ordinaria. Así fue hasta aquel día en que llegó al pueblo aquel tipo raro y abrió su tienda. No hablaba más que lo necesario, no hacía

amistades con nadie y con el tiempo se supo a qué dedicaba las tardes... ya el lector lo sospecha, sin que haga falta contarle que era un buen cliente de la mercería y recibía todas las semanas la revista *Tus puntos de cruz*. Todo el pueblo comentaba que veían a la mujer del panadero con ese hombre que no era de aquí.

Los diarios de la tarde ya especulaban sobre un crimen pasional. Hacía días que no se veía por el pueblo a Aurora, la mujer de Alberto el panadero, y la panadería llevaba varios días cerrada. La tienda de ese hombre de fuera tampoco había abierto esa mañana...

Puesto que tanto la panadería como la tienda del tipo raro seguían cerradas y nadie daba noticias de los propietarios, Gallegos pidió una orden de registro. Aunque era un hombre curtido en crímenes y sabía que siempre debía sospechar de todos, había que empezar por el principio.

En la tienda del raro encontró un verdadero museo de vudú: máscaras de muecas horribles, muñecas traspasadas por agujas, veladoras a santos Yoruba y mejunjes de todos los colores. No hacía falta tanto para seguir tirando del hilo e indagar sobre la identidad de ese hombre. Encontró una factura de electricidad a nombre de Arsel Yomairo en uno de los armarios, pero ningún documento de identidad.

En la panadería de Alberto encontró lo que cualquiera espera encontrar en estos lugares: sacos de harina, cajas de levadura, rodillos de amasar, leche y mantequilla, la mesa de trabajo y cuchillos de todos los tamaños. En la primera planta, nada anormal tampoco, si no es por la cama que no estaba hecha, y en la trastienda las herramientas que todos tienen en este pueblo: martillos, llaves y sierras, de mano y eléctricas.

La prensa publicó una serie de artículos sobre la misteriosa desaparición de mujeres en esta parte del país en los últimos años, y todos esperaban que el asesino cayera de un momento a otro. No pasó mucho tiempo antes de que alguien señalara en otra llamada anónima que había visto por Playa Blanca a uno que se parece mucho al retrato que había hecho la policía con las indicaciones de los vecinos. El nombre no aparece en el registro de ninguno de los hoteles, pero los agentes del balneario, curtidors en fichas falsas, notan que hay un tal Arson Yorual alojado en habitación individual en plan de turismo. ¡Y si fuera ese! Gallegos decide consultar los registros de Interpol y recibe en pocos minutos una ficha de identidad que podemos resumir en dos palabras: 36 años, de nacionalidad sueca, antropólogo especializado en los ritos del Caribe.... y una fotografía en la que todos reconocen al tipo raro recién llegado al pueblo.

El hombre explica tranquilamente que se ha tomado dos semanas de vacaciones para terminar una monografía sobre la santería y acabar de tejer una bufanda en punto de cruz particularmente compleja. Estará en su hotel para lo que sea.

Sin más razones que cumplir con la rutina de investigación, la comisaría contacta con los padres de Alberto que emigraron hace años, pero sus declaraciones abren otra avenida de misterio: han recibido varios mensajes del hijo, el último esa misma mañana, todos diciendo más o menos lo mismo, que Aurora y él están bien, y el negocio también, aunque no faltan problemas... abrazos, recuerdos y, quiera Dios, pronto nos veremos.

Gallegos nunca da nada por hecho y sabe que las cosas no son lo que parecen. Es el sexto sentido heredado de su madre guineana educada en los misterios del animismo. Algo le dice que en la trastienda del panadero hay algo que no encaja. Tiene un recuerdo vago asociado a suciedad, una

huella negra... Después de darle muchas vueltas, recuerda que hay una mancha, posiblemente de sangre, y también está casi seguro de que esa mancha que no cuadra la ha visto sobre la hoja de una sierra eléctrica.

Hay indicios de sobra para temer que Aurora no sea ya más que un brazo en la cuneta. Arson confirma el chisme, aunque no es lo que Usted cree: sí, Aurora había visto su colección y le había confesado, emocionadísima, que cultivaba secretamente una pasión por la pintura de paisajes oníricos al óleo.

¿Y Alberto? Sí, también lo conocía y habían coincidido algunas veces en el grupo de aficionados al tejido en punto de cruz. ¿Algo más? Hombre, sí, recordaba que no lo miraba como los demás, como si le reprochara algo, como mira con amargura un amante despechado. Lo demás ya lo habrá adivinado el lector: Alberto es gay y no ha soportado verse excluido de una complicidad de intereses entre Arsen y Aurora.

La prensa local que ya tenía culpable y condenado, preferiría olvidar la serie negra de artículos que ha venido publicando, pero sabe que dos días de resultados de fútbol y unas cuantas fotos de semidesnudas en primera página hacen milagros. El editor tiene que responder a una queja del Consejo de Decencia de los Periodistas, que hoy llaman con más pompa «Comité de deontología de los medios», pero ya da por descontado que todo se arreglará con dos o tres anuncios publicitarios gratuitos sobre las rebajas de la ferretería del director del Comité.

Adrian McAllister

¿DÓNDE FUE A PARAR MI DECENCIA?



Fornicar. Nunca hubiera imaginado que ese pudiera ser el verbo de una frase de la que yo fuera el sujeto. Pero es que ese mulato me hizo perder el control... Una y otra vez, en la ducha del hotel, tras unos minutos de pasión desenfrenada, bajo el agua tibia con la que escurría el sudor de mi cuerpo, me repetía a mí mismo que esa vez había sido la mejor y que quedaría como el último recuerdo de ese pequeño borrón en mi, hasta entonces, intachable expediente de esposo fiel. Tenía ya 11 meses repitiendo la misma cantinela...

Mi esposa no sospechaba nada. Mis amigos tampoco. Ni los jugadores, ni el cuerpo técnico, ni la opinión pública. Nunca hubiera pensado que yo sería capaz de mentir con tanto descaro y tan poco pudor. La primera vez me había sentido raro, después ya ni siquiera...¿Puede el ser humano acostumbrarse a todo, incluso a lo que va contra aquello en lo que siempre creyó? Durante mucho tiempo yo había creído que no.

Nos juntábamos tres veces por semana en los entrenamientos. En público manteníamos una relación cordial, si bien distante. Yo me consolaba pensando que los intercambios de miradas inflamadas de testosterona pasaban desapercibidos para el resto de la Selección. El reto llegaba el fin de semana, cuando viajábamos a las islas cercanas a competir contra

otros equipos. Quizá si hubiera compartido la pieza del hotel con el segundo entrenador habría sido más difícil que nos reuniéramos a solas tras la cena so pretexto de ultimar detalles para el día siguiente. Quizá si mi esposa nos hubiera acompañado a las competencias yo nunca habría protagonizado aquellas carreras clandestinas por los pasillos una vez materializado el pecado. Quizá si hubiera dejado de ponerme excusas a mí mismo podría haber salido de aquel círculo vicioso de placer físico e insatisfacción moral en el que me encerré con doble vuelta de una llave que aventé a un pozo sin fondo.

...

Habían pasado varias semanas en las que no había conseguido redactar ni un párrafo de mi autobiografía. Me dije que tenía que retomar la medicación. Que debía seguir las indicaciones del psiquiatra y volver a intoxicarme con ese cóctel letal de fármacos que desde hacía ya demasiado tiempo me mantenía con vida en una realidad paralela, que conseguía alejarme de los chismes que la prensa escribía sobre mí y que mi esposa me intentaba administrar diligentemente pensando que todo había sido provocado por la insoportable presión de una pésima temporada que condujo al peor resultado de la Selección en un Mundial y a mi despido inmediato.

...

El día D, mientras me hacía el nudo de la corbata para asistir a la presentación de mi libro, aquel infierno me parecía una historia ajena. Recién había recibido un mensaje de mi editor en el que me felicitaba porque, en pocos días, las ventas habían superado los pronósticos más optimistas. ¿Qué importaba ya? Años después soy consciente de que nunca sabré si aquel éxito inesperado se debió al morbo que despertaron

las confesiones de quien, en una época de su vida, creyó ser alguien que se había ganado el respeto de la sociedad; o a la necesidad de los lectores de evadirse de los otros horrores con los que la prensa nos despierta cada mañana; o, quizá, a que ciertos pasajes de mi autobiografía hubieran podido tener varios autores ...

Alter Ego

FUERA DE FOCO



Al principio, pensó que se estaba quedando ciega. Después, decidió ser menos dramática, y atribuyó sus problemas de visión a la miopía, presbicia, astigmatismo o, simplemente, al paso de los años. Estaba segura de que había llegado el tan temido momento de empezar a usar gafas.

—Su visión está perfecta —contradijo el oculista, un mulato alto de voz grave.

—¿Sí?

—Sí, pero... ahora que me fijo... ¡Qué raro! A ver, acérquese un poco... No, no. Yo a usted no la veo bien.

—¿No?

—No, para nada.

—¿Y cómo me ve, doctor? ¿Cansada, enferma, pálida, ojerosa, flaca, desnutrida?

—No, nada de eso. Y mucho menos flaca o desnutrida. Pero, de verdad, no la veo bien.

—Sí, sí, eso me quedó clarísimo. ¿Pero qué cree que tenga?

—No sé. No la veo bien.

—Sí. Eso ya me lo dijo, pero...

—¡Que no la veo bien! Que no la veo ni cansada, ni enferma, ni pálida, porque ni siquiera logro verla bien. La veo... fuera de foco.

—¿«Fuera de foco»?

—Sí, sí, eso es. Usted está fuera de foco.

—¿No será que veo fuera de foco porque... soy miope...? ¿No me querrá hacer algún otro examen?

—No. No me quedan dudas. El que está fuera de foco no es el mundo, es usted.

—Doctor, por favor... ¿Me va a decir que ese es su diagnóstico?

—Y... parecería que sí.

Sabrina salió del consultorio hecha una furia. Como temía, la medicina, al igual que tantas otras ramas del conocimiento, había perdido la decencia para caer en una absurdidad que rozaba la brujería. Con lo que le había costado hacer un hueco en su agenda para esa consulta, le vienen a decir que está «fuera de foco». Llamó a su secretaria de inmediato para que le consiguiera cita con un médico generalista. Con el teléfono aún en la mano, detuvo el primer taxi que pasó, le dio la dirección de su trabajo y le ordenó que se diera prisa. Detestaba su trabajo, pero si había algo que odiaba aún más era llegar tarde. Tenía por delante un día plagado de reuniones interminables con gente que no soportaba, para rematar con una clase de pilates. En realidad, tampoco le gustaba el pilates, pero ella era de las personas que acaban todo lo que empiezan, y no abandonaría ahora que al fin había logrado mantener el equilibrio sobre la maldita pelota.

Cuando al fin llegó a casa después de una jornada agotadora, su marido, Martín, miraba la televisión. Mientras cenaban, Sabrina le contó como anécdota, incluso como chismorreo, la ridiculez que le había dicho el oftalmólogo.

—No sabía que hoy tenías cita con el oculista. ¿No estás viendo bien?

—Te acabo de explicar que el que no me ve bien es el mundo. Es como si se hubiera vuelto miope y me mirara sin gafas.

—¿Lo qué?

—No sé. Mírame bien. Parece que estoy «fuera de foco» —insistió Sabrina mientras se entrecomillaba el rostro con los dedos índice y medio.

—A ver...

Martín se puso las gafas y observó a su esposa con detenimiento. Comprobó que sus rasgos, en vez de haberse acentuado con los años, se habían desdibujado; y las arrugas que alguna vez tuvo se habían borrado. Su rostro estaba más liso que nunca.

—¿Sabes que es cierto que estás poco nítida? ¿No será que todas esas cremas que te pones antes de ir a dormir te están borrando la cara?

Sabrina ni siquiera se molestó en validar esa pregunta con una respuesta y se encerró en el baño. Mientras abría el primer pote de crema antiarrugas, se preguntó cuántos años llevaría su marido viéndola sin mirarla. Empezó a aplicar el contorno de ojos y, de repente, cayó en la cuenta de que ella misma llevaba mucho tiempo sin realmente observarse con atención. Se acercó al espejo despacio y, por primera vez en años, se miró a sí misma a los ojos. Estaban tan desdibujados que apenas distinguía el negro de sus pupilas del marrón oscuro del iris.

Durante las siguientes semanas, Sabrina consultó a cuanto especialista encontró. Fue a ver a otro oculista, a un generalista, a una psicóloga, a una astróloga, a una tarotista y hasta a un párroco, pero ninguno pudo encontrar las causas profundas de semejante desajuste. Sin embargo, lo que a ella le preocupaba no era el origen biológico, psicológico o esotérico de su condición, sino sus consecuencias prácticas: cada mañana tardaba más en alistarse para ir a trabajar. Su reflejo se escabullía en el espejo y adivinarlo entre los azulejos del baño le robaba preciosos minutos. A veces, lo llamaba con sobrenombres cariñosos o con chistidos tiernos, pero este, al igual que un gato arisco, nunca venía. Le parecía mentira

que toda la rebeldía que a ella le faltaba se la hubiera quedado su reflejo desdibujado.

Un mes después, cuando su imagen y su reflejo se esfumaron por completo, el jefe de Sabrina le ordenó que no fuera a trabajar. Aparentemente, a los clientes los ponía nerviosos tratar con fantasmas. Sabrina pasó toda la mañana mirando al techo sin saber qué hacer, hasta que recordó que siempre le había gustado dibujar. Incluso había considerado dedicarse al diseño, pero su familia y amigos la convencieron de desechar la idea por irrealizable. Quizás por eso había guardado sus lápices y cuadernos, a pesar de que llevaba más de diez años sin tocarlos. Los recuperó de las profundidades del armario con desesperación: sentía una necesidad apremiante de salirse de sí misma para derramarse en el papel.

Pasó todo el día dibujando, impulsada por el éxtasis del agotamiento, hasta que este último ganó la batalla, y Sabrina cayó rendida en el sillón, rodeada de un derroche de trazos sueltos. En el sopor del ensueño, entreabrió los ojos para ver lo que había dibujado y se dio cuenta de que, por fin, había encontrado su reflejo.

Blanca Diotti

LA PITONISA



En el mismo día, María fue despedida de su trabajo, desalojada de su piso y cuando corrió a casa de su novio para darle las malas noticias, se lo encontró en la cama con otra.

Estaba enfadada, cansada, hambrienta y sin dinero. Además, no tenía a dónde ir ni un hombre amigo en el que apoyarse y desahogar sus desgracias. Ya no le quedaban opciones. Las había quemado todas. No encontró la fuerza para hacer lo único que le habría gustado hacer en ese momento, tirarse al río desde el puente.

Destrozada y sin ninguna pertenencia más que lo que llevaba puesto, caminó por las calles sin ningún sentido de dirección o propósito. Quería llorar pero el día era tan bonito que pensó —ya lloraré luego.

Se paró en la puerta de un restaurante italiano y viendo su demacrado rostro reflejado en la ventana, cerró los ojos y empezó a percibir el delicioso aroma de la comida del restaurante. Y se preguntó: —¿dónde demonios voy a dormir esta noche? Tengo tanta hambre.

De repente se le ocurrió una idea. Sonrió y empezó a cantar y a caminar lentamente al compás de la melodía a lo largo de la calle. Entró en una

tienda y cuidadosamente robó un paraguas. Cuando salió, elevó sus brazos haciendo un círculo en el aire como lo haría una bailarina y con toda su fuerza —!zas!— rompió el cristal del escaparate; y siguió caminando cantando y con movimientos armoniosos rompiendo más escaparates como si nada. Minutos más tarde fue arrestada por un policía mulato. Pasó la noche en la comisaría pero al final tuvo un lugar en el que podría dormir y cenar. Los cristales los pagaría la compañía de seguros y el paraguas bien valía una cena y cama gratis. María no permitió que los remordimientos la atormentaran.

—Mañana ya pensaré en algo nuevo. A lo mejor si me hago la loca me pueden hospitalizar en una institución mental. Dicen que la comida es aceptable, las camas están limpias y además te dan pastillas para que duermas como un bebé. ¡Hm! No me disgusta nada la idea.

Con estos pensamientos en la cabeza, poco a poco se quedó dormida.

Testimonio de un testigo

—Estaba en el balcón fumando un cigarro. Eran como las 7 de la tarde. De repente vi una chica, muy guapa por cierto, caminando lentamente por la calle con un paraguas. Me extrañó, pues el día había estado claro y no se esperaba lluvia. Lo que más me llamó la atención fue que caminaba muy despacio y balaceándose, no como si estuviera borracha sino como si estuviera bailando, con ritmo ¿me entienden? De repente, empezó a romper los escaparates pero no lo hacía con rabia, sino de una manera rítmica, casi armoniosa. Lo más curioso de todo era que no dejaba de sonreír en ningún momento. Me quedé en estado de shock y se me cayó el cigarro al suelo. Pensé que la chica iba a empezar a hacer lo mismo con la gente que, con curiosidad, se paró a contemplar este espectáculo que parecía de película americana. Corrí al teléfono y llamé a la policía.

Al día siguiente

Al día siguiente, María fue hospitalizada para una evaluación mental. Los doctores Gutiérrez y Marín estaban discutiendo su caso y su estado mental mientras ella esperaba recostada en una camilla en una de las salas del hospital.

—Deberíamos retenerla por unos días hasta estar seguros de que no hay riesgos de que pueda llegar a atacar a alguna persona. Sería muy arriesgado dejarla ir ahora. Además sufre amnesia pues no recuerda nada de su vida ni siquiera su nombre. Debe de haber pasado por algún tipo de trauma. Lo mejor será dejarla aquí y observarla. ¿Qué te parece? — preguntó la doctora Marín.

—Estoy de acuerdo. La policía está investigando quién es. Mientras lo averiguan, debemos estudiarla y evitar que los otros pacientes empiecen a chismorrear. A lo mejor hasta podemos publicar su caso en la revista *The American Journal of Psychiatry* —contestó el doctor Gutiérrez.

Más tarde los doctores se reunieron con María y le explicaron que era conveniente que se quedara en el hospital por unos días.

María escuchaba sus palabras simulando aturdimiento como si aún estuviera sufriendo los efectos de los sedantes que le habían suministrado la noche anterior. Haciendo como que no entendía, se incorporó en la camilla y apoyando su cuerpo con los codos, dijo: —¿cómo? No entiendo, ¿por qué me tengo que quedar? Yo no estoy loca.

—Nadie ha dicho que estés loca, pero sería recomendable que estés bajo observación por unos días hasta que recuperes la memoria o puedas explicar por qué hiciste lo que hiciste —le explicó amablemente la doctora Marín. María bajo la cabeza con aspecto de derrota pero cuando los doctores abandonaron la sala, sonrió y se dijo a sí misma, «Bravo, lo conseguiste».

Días después, María recibió la visita de un comisario que le dijo: —Ya hemos averiguado su identidad. Usted se llama María Azucena Castillo Ruiz, tiene 27 años, y por lo que parece no tiene familiares.

— ¿Azucena? ¿Cómo me pudieron poner ese nombre tan raro? ¿Han averiguado también dónde vivo? Me gustaría irme a mi casa, esté donde esté.

—Pues tenemos malas noticias. Parece que usted no tiene ni casa, ni trabajo, ni nada. Lo siento mucho —contestó el comisario.

— ¿Que qué? No es posible. ¿No se habrán confundido de persona? — replicó María.

— Me temo que no Azucena —le dijo el comisario cabizbajo.

— Por favor, no me llame Azucena. Llámeme María.

Cuando Azucena, perdón, María se quedó sola, su mente se puso a trabajar rápidamente.

5 años después

Primera página de la revista **Aló:**

Ponemos en conocimiento de nuestros lectores que la célebre pitonisa, Apola, ha decidido retirarse. Como recordarán, la multimillonaria se hizo famosa hace cinco años cuando después de salir de una amnesia descubrió que podía leer el futuro. Su decencia fue la característica más sobresaliente de su personalidad.

Castalia

MARICRIS Y SU ÁNGEL PELUDO

Maricris es una niña risueña con ojos redondos y negros. Su mirada siempre es dulce y curiosa, al igual que su voz. Le gusta hojear los libros sobre animales de su papá; adora meter la mano en los sacos de arroz cada vez que su abuelita la lleva al mercado; disfruta mirando la luna llena y cuenta las estrellas las poquísimas veces que se asoman en el nublado cielo de Lima; le emociona abrir la puerta del departamento cuando regresa su mamá de trabajar y la recibe cantando la canción de Blanca Nieves y los Siete Enanitos (*aijo aijo a casa a descansar ...*). Pero lo que más disfrutaría en esta vida es tener un perro.



Su deseo se iba a cumplir inesperadamente una tarde al salir de la escuela. Había avanzado dos cuadras cuando oyó por la espalda el sonido desigual de unas patas. Era un perro de tamaño pequeño con pelaje blanco y ensortijado que se le acercó cojeando de una patita. Caminaba dando saltitos y ladrando alegremente como si estuviera llamándola. El pequeño can paró en seco a solo cinco centímetros de ella y, con una mirada que hubiera derretido a toda Groenlandia, le rozó su rodilla con el hocico. Sin temor, Maricris lo acarició. En un primer momento pensó que estaba perdido, pues ella conocía a todos los perros de la cuadra con nombre y apellido, y a este nunca lo había visto. Le preguntó cómo se llamaba.

—Rudolf —respondió casi sin mover el hocico y agitando la cola en círculos—.

—¿Puedes hablar? —retrocedió un paso sorprendida—.

—Algo.

—¿Qué te pasó en la patita? Estás cojo. Mi mamá sabe curar heridas.

—No me duele. Ya estoy acostumbrado. Felizmente tenemos cuatro patas.

—¿Estás perdido?

—No. Solo quería acercarme para conocerte y pasear contigo.

—¿Quieres agüita o comida?

—Solo quiero acompañarte a tu casa.

—Yaaaaa, le voy a decir a mis papás que te adopten porque...

—Ya tengo casa —interrumpió—.

—Ahhh... pero ¿por qué estás solo? Mi mamá te va a curar la patita. Ella es bien buena.

—Sí, yo sé que es buena. Vamos avanzando para que tu papá no se preocupe.



Pero de pronto al doblar la cuadra sintió de nuevo que la seguían. Ambos vieron a un sujeto mulato de ropa sucia que llevaba una gorra que hacia aún más sucia su mirada. Caminaba como un muerto viviente. Maricris se asustó mucho, pues la calle estaba desolada y el silencio era ensordecedor. De repente, sintió un golpe suave y húmedo en su rodilla.

—No temas —le dijo Rudolf—. No estás sola.

—Ese señor mira raro.

—Lo sé, y su corazón huele raro también.

En segundos el noble can transformó su inofensiva mirada en la de una fiera. Todo lo primitivo y antediluvianamente salvaje que alguna vez fueron los perros se concentró en sus ojos y se dibujó una expresión digna del magnífico Cerbero. El malhechor que estaba solo a diez pasos de ellos desvió la vista hacia el perro erizado y desistió de la maldad que tramaba. Apuró el paso y los dejó atrás. Rudolf volvió a ser Rudolf y vio que Maricris estaba pálida.

—¿Sabes por qué mi nariz está siempre mojada? —le preguntó para distraerla y tranquilizarla.

—Gripe —contestó tímidamente y sin mirarlo.

—No. Es porque mi tatatarabuelo estuvo en el arca de Noé y un día se dio cuenta de que había un agujero, así que metió su nariz en ese hueco para que no entrara el agua, pero se quedó mojadita para toda la vida.

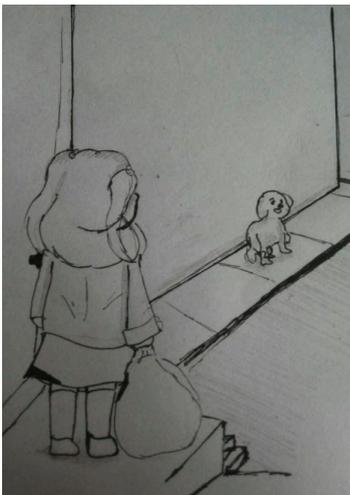
—Es mentira ¿no?

Rudolf había cumplido su cometido y movió la cola feliz, siempre en círculos.

Entonces llegaron a la entrada de su edificio.

—Pasa para que conozcas a mi papá. Él siempre está trabajando en su silla de ruedas, es traductor y adora a los perros. Me contó que siempre tuvo perritos, pero que cuando yo nací decidieron esperar unos años hasta que yo creciera y lo pudiera cuidar solita. Me encantaría cuidarte.

—No puedo pasar. Solo tú puedes verme y ya debo irme. Quería conocerte y conversar contigo aunque sea unas cuadras. Tu casa huele a amor y a estofado de pollo. Estoy seguro de que pronto tendrás un perrito.



—Se le acercó y bajó lentamente su cabecita de algodón para que lo acariciara. Ninguno de los dos emitió sonido o palabra. A veces los ojos o las caricias hablan mejor. Ella no quería que se fuera, pero ya se estaba alejando meneando su colita de una manera tan peculiar. Lo vio doblar la esquina y supo que nunca más lo vería.

—Maricris, ¿dónde estabas hija? Tu papá está preocupado —exclamó Esperanza, la empleada del hogar. Acaban de asaltar a dos niños en nuestra cuadra. Un choro les arranchó sus celulares y empujó a uno de ellos. Ya no hay decencia en este barrio.

—Que entre, por favor... Maricris, ven —llamó su papá desde el dormitorio. Felizmente no te cruzaste con ese choro. Las viejas que paran chismorreando en la esquina empezaron a gritar...

—Lo vi, papá, pero Rudolf, un perrito que me encontré, le gruñó y lo espantó.

Su papá se quedó mudo unos segundos mirándola.

—¿Rudolf? ¿Y cómo sabes que así se llamaba el perro?

—Me lo dijo.

—Maricris, ya pues ¿es broma, no?

—No, papi. El perrito me hablaba, casi sin mover el hocico.

El papá quedó pensativo solo segundos.

—Hija, quiero enseñarte algo, mira la pantalla.

Con el ratón de su laptop, su papá comenzó a hurgar entre las carpetas de fotos. Después de unos clics, Maricris abrió la boca al ver la imagen familiar de un perrito blanco con ojos muy tiernos.

Su papá le contó que había sido su primer perro adoptado cuando se casó con su mamá. Lo quisieron mucho, pues los acompañó en momentos felices y tristes también.

—¿Dónde está?

—Enterrado en nuestro jardín, y yo sé que siempre nos cuida. Se llamaba Rudolf.

Cuycito

JUICIO PÓSTUMO



Petición de un juicio póstumo

Acusado: Caín (apellido desconocido)

Delito: Fratricidio

Mi petición está basada en el fratricidio de Caín a Abel, primer crimen conocido en la historia del ser humano occidental. Dado que este asesinato nunca obtuvo el beneficio de un juicio, aunque sí una condena a perpetuidad, quisiera solicitar a cualquier tribunal supremo del mundo un juicio póstumo para determinar los motivos de este atroz fratricidio.

Sirvan de ejemplo el juicio y la sentencia de Sócrates. Sus conciudadanos lo condenaron, pero la historia aunque no pudo salvarlo, lo absolvió. El escritor Robin Waterfield en su libro *¿Por qué murió Sócrates?* menciona que a finales de los años 1920, un abogado griego llamado Paradopoulos solicitó a la corte suprema de Atenas la anulación de la sentencia de Sócrates. La corte le contestó que el asunto estaba fuera de su jurisdicción. Pero al menos Paradopoulos lo había intentado.

Todos sabemos que Caín es el villano más famoso de la historia occidental. Hay muchas teorías acerca de los hechos que lo impulsaron a

cometer este crimen. Mi intención no es defender la inocencia de Caín, pues indudablemente fue y es culpable de homicidio. Mi intención es explorar las siguientes posibilidades:

Primera, ¿cómo era la verdadera personalidad de Abel? ¿Era tan bueno cómo parecía?

Segunda, investigar las posibles teorías (pues no existen pruebas concretas ni en su favor ni en su contra) sobre los motivos de ese fratricidio.

Tercera, presuponer que su crimen NO fue un acto deliberado sino un acto pasional e impulsivo de locura temporal motivado por las injusticias y maltrato que estaba recibiendo.

Empecemos por describir y presentar a los personajes de ese momento bíblico que cambiaron la historia de Occidente.

Adán pudo haber sido un hombre débil y cobarde. Débil porque no tuvo el valor de decirle «no» a Eva, en el supuesto claro está que de verdad no quisiera probar ese «fruto prohibido».

Cobarde por no tener la decencia de aceptar la responsabilidad de sus acciones y echarle toda la culpa a Eva.

Eva pudo haber sido la primera exponente del «libre albedrío». Pagó las consecuencias por su «pecado», pero abrió las puertas a las generaciones futuras. Su pecado consistió en desobedecer a un Dios que:

O no era tan omnipotente cómo parecía, pues si lo hubiera sido no le habría preocupado que Eva traspasara ese límite que la acercaba más a él.

O sí lo era, pero entonces ¿por qué lo enojó tanto que sus criaturas hicieran uso de ese don que él mismo les había otorgado, el del libre albedrío?

Omnipotente o no, ¿se equivocó cuando programó a sus criaturas? ¿Fue el libre albedrío un fallo inesperado?

Abel pudo haber sido un joven dulce, obediente, complaciente, guapo y con bucles rubios. Puedo intuir que Abel se hacia el bueno, pero a escondidas le hacia la vida imposible a Caín. Quizás encendía la ira de Caín presumiendo de ser el favorito y el más guapo. Si esta teoría fuera cierta, lo hacía tan bien que nadie se daba cuenta, ni el mismísimo Dios.

Caín pudo haber sido un joven emprendedor, independiente y de actitud contestaria, algo raro e imperdonable en una régimen en el que la obediencia a Dios era obligatoria y en el que, si se desobedecía, las consecuencias podían ser terribles.

De acuerdo con algunas teorías, Caín pudo haber sido un joven moreno o mulato. Si esto fuera cierto, su color pudo ser «la marca» que Dios le impuso para ser reconocido y perseguido a dónde quiera que fuera. Por eso, Caín tuvo que vivir una vida errante y fugitiva en un mundo sin legislación de derechos civiles.

Los únicos que podrían haber ayudado a Caín a evitar ese crimen habrían sido sus padres, pero no lo hicieron, bien porque no sabían cómo, o bien por no enfurecer de nuevo a ese Dios al que tanto temían.

Hoy diríamos que era una familia «disfuncional» y esto podría ser una de las bases principales en la defensa de este caso. En tiempos de Caín, lo que ahora conocemos como sistema judicial estaba en manos de un ser divino y autoritario.

Desgraciadamente para Caín, este ser divino y autoritario ya estaba en contra suya desde mucho antes de que se cometiera el crimen. Caín no

tenía ninguna posibilidad de agradar a Dios, hiciera lo que hiciera. Si a esto añadimos la posibilidad de que Abel provocaba a Caín a espaldas de todos, no es difícil imaginar que en un momento de locura Caín se vengara. ¿Y cómo? Pues privando a Dios de su criatura favorita —Abel—.

Aunque parezca un acto deliberado, fue, sin lugar a dudas, un crimen de delirio pasional. Si ese asesinato se hubiera cometido en la actualidad, Caín habría tenido abogados que habrían intentado demostrar su locura temporal. Muy probablemente habrían ganado el caso, pues los procedimientos utilizados por los abogados son increíbles.

El juicio habría durado años. Caín habría salido en todos los canales de televisión y habría sido el chismorrear de la gente en todos los idiomas conocidos. Y si además se hubiera demostrado que Abel no era tan perfecto como todos creemos también él habría salido malparado.

La historia está llena de guerras y odios entre hermanos. Caín no es el único pero fue el primero y esto selló su suerte y su reputación. Le tocó la mala suerte de vivir en el tiempo y lugar equivocados y aún está pagando las consecuencias al ir errando por el universo como un alma en pena, que esa fue su condena.

Quizás el destino de Caín habría sido diferente si Dios lo hubiera apreciado igual que apreciaba a Abel.

Ese crimen que cambió el destino de la humanidad se podría haber evitado. Espero que se pueda abrir un juicio póstumo para intentar establecer los verdaderos motivos de un asesinato que ha traspasado las barreras del tiempo y todas las fronteras universales.

Da Vida

DANIELA



Artista desde que sus ojos empezaron a ver el mundo a su alrededor; pintora tenaz, de gesto esquivo y espíritu independiente. Siempre acompañada de una soledad de delicado equilibrio.

La primera vez que nuestras vidas se cruzaron, yo le daba la espalda. Estaba apoyada en la jardinera de la entrada de un parque en pleno centro del bonito barrio de Sarrià, en la zona alta de mi ciudad, intentando calentar mi cuerpo al sol de un febrero tercamente frío. Esperaba a una amiga para ir a comer.

De espaldas al parque, me metí en la conversación de un grupo, como quien escucha una música de fondo; las voces que oía se dirigían siempre a la misma persona, a Daniela. Le oí contar que, en su adolescencia, el cariño más verdadero que recibió fue el de las ratas callejeras que le hacían compañía en sus noches a la intemperie. Me giré y la observé. Como siempre, el cerebro se forja una imagen que antepone rápidamente a la realidad, y la verdadera imagen se convierte en espacio de segundos en un rival difícil de vencer al que tenemos que rendirnos sin remedio. Su perfil de melena larga, sus ojos claros y sus manos dibujaban juntos, mientras su boca relataba esa adolescencia ingrata. A medida que la iba observando, iba viendo los estragos de una vida en la calle; en sus dientes, en los surcos prematuros de su cara, en su piel apagada. No era

mayor, pero su experiencia de vida había engañado al tiempo y le había regalado un puñado de años más. Nuestra sociedad dibuja con trazo seguro caras estereotipadas en las que no queremos caer, pero que acechan nuestro camino. Como las caras clonadas, de labios de silicona, pómulos sobresalientes y frentes de cera; o los estragos inconfundibles de la droga o el alcohol, que reconocemos nada más verlos.

Ese relato tan duro de Daniela en cierto modo parecía fluir, o por lo menos parecía soportable para ella por el simple gesto de su mano, que llenaba una de las hojas de su cuaderno de dibujo, gesto de una rara belleza que la aislaba de algún modo de su propia historia y la acercaba a un plácido estado de meditación. Así entendí que Daniela estaba entre esa realidad cruda y el trazo experimentado de su mano. No soportaba el hogar de acogida donde le tocaba vivir; no aguantaba el trato que le procuraban los asistentes sociales; se revelaba contra los chismorreos sobre su vida y su triste infancia. Solo quería una cosa, volver a la época en la que vivía en su automóvil; entonces era dueña de su vida, nadie hurtaba en su interior, no tenía que poner a prueba su frágil equilibrio ni su falta de armas de guerra para defender e imponer sus metas y deseos en el inframundo.

—El *Juseín*, se va *pal* pueblo donde vive su novia, en el Pirineo de Girona. Les han puesto un piso de protección oficial en un pueblo de por ahí. Menuda suerte tienen algunos... ¿Por qué no intentas que te hagan un hueco si tan harta estás del centro?

—¡Pensaba que eras amigo! ¡Vivir con el *Juseín* y perder la chaveta del *to* es lo mismo! Después de eso nadie me querría, ini *pa* hacer pienso! Y su novia «La costillas» tiene tanto de decente como yo de marquesa.

—¡Qué exagerada eres, mujer! Y estás mejor aquí que en tu coche-madriguera o en los bancos de la calle, y más a salvo si se puede decir.

—¿A salvo de qué? Lo mismo que te encuentras en los bancos de la calle te lo encuentras aquí. Prefiero la compañía de las ratas. Me dieron más amor que mi propia madre.

Sus compañeros de parque no se percataron de mi mirada atenta. Me puse de espaldas al sol esta vez para poder observarlos a todos uno a uno. Todos menos ella llevaban puesta la misma chaqueta con un logotipo que no llegué a ver. No conseguí saber si el objetivo de esa prenda era publicitar felizmente el nombre de una empresa que contrataba a personas desfavorecidas o si era la ropa que el centro de acogida les proporcionaba. Fuese lo que fuese, me sorprendió verlos a todos como soldados de la caridad, vestidos de verde oscuro, arrastrando unos sus muletas, otros sus pocas fuerzas. Tampoco se filtró en sus conversaciones el nombre del centro, pero una cosa era segura, se hallaba en ese barrio de la zona alta de mi ciudad. Un contraste de vidas que nadie percibe si no es parándose a espiar conversaciones ajenas. Niños que juegan en espacios que, en horas de clase, se convierten en salones de tertulia de mulatos desarraigados, almas quebradas, buena gente solitaria, cuyo destino ha dictado una sentencia poco favorable.

Se despidieron de Daniela. Ella se quedó allí en el mismo banco, dibujando ese paisaje al que levantaba la mirada a cada trazo. Noté unos golpecitos en el hombro. Me sorprendió sentirme sorprendida al ver a mi amiga. Necesitaba más tiempo. Quería conocer más a Daniela, saber cómo pensaba seguir adelante sin sufrir por más tiempo ese falso hogar socialmente correcto que le ofrecía el Ayuntamiento. Pero no me atreví a entrar tan rápida y violentamente en una vida ajena. No tenía tiempo suficiente para darle forma a mis ganas de ayudar. Quizás nuestros caminos se vuelvan a cruzar y, esa vez, no se den la espalda.

Emma J. Serrano

EL MULATO



Descorrió y corrió la cortina con un movimiento tan rápido que lo más probable es que haya sido imperceptible desde la casa de enfrente.

Observó que Marcos salió apurado, se subió a su coche y se marchó. No tenía buen talante. Parecía entre preocupado y triste.

María se quedó intrigada. «¿Qué le pasará a este?». Enseguida se dispararon algunas explicaciones en su mente. «¿Se habrá peleado con Paula? ¿Se habrá enfermado alguien? ¿Lo habrán despedido del trabajo?».

«Y bueno... ya me voy a enterar», pensó y se dispuso a hacer algunas tareas domésticas. Primero tendió la cama, después colgó la ropa que había lavado y luego preparó una torta de zanahoria para la tarde. Todos

los sábados se reunían a tomar mate con una amiga. Alternaban las casas. Este sábado les tocaba juntarse en la suya.

Una vez que retiró la torta del horno, caminó hasta Caserito, la panadería más tradicional de Pueblo Chico. Cuando estaba entrando al local, casi se chocó con Paula, la esposa de Marcos, quien salía de prisa hablando por teléfono y la saludó con la mano. Al pasar, oyó: «Nos encontramos en El Mulato».

A las cuatro y media, Antonia tocó el timbre de la casa de María. María la hizo pasar y se dirigieron a la cocina. Antonia se sentó a la mesa, mientras María preparó el mate, cortó unos trozos de la torta de zanahoria, que había cubierto con un tentador glasé de naranja, y los colocó en un plato. En otro plato, colocó los pancitos de queso caseros que había traído Antonia.

Cuando el agua alcanzó el punto justo, ni muy caliente ni muy fría, la vertió en el termo y lo llevó a la mesa junto con el mate y los platos.

—¿Alguna novedad, Antonia?

—Sí, la semana que viene me voy a Córdoba a visitar a mi hermana y a mis sobrinos.

—¡Mirá qué bien! ¿Cuándo te vas?

—El viernes en el micro de las dos de la tarde y me quedo hasta el jueves.

—Ah, ¡qué bueno!

—¿Y vos qué contás de nuevo?

—Mío nada, pero sí del barrio —dijo María, revoleando los ojos, intrigante.

—¿Qué pasó?

—Sabés que esta mañana vi salir a Marcos disparado como un rayo. ¡Tenía una cara de larga! Y luego, en la panadería, me topé con Paula, que salía hablando por teléfono. Oí que estaba arreglando encontrarse con alguien en El Mulato o algo así. Para mí que lo engaña y él se dio cuenta. Por eso, llevaba esa cara.

—Mm... ¡qué raro! Me cuesta creer que le sea infiel. Parece tan decente ella.

—No sé. Últimamente la veo más arreglada que de costumbre.

Transcurrió la tarde y Antonia y María siguieron dando rienda suelta a sus chismorreos y hablando de bueyes perdidos.

A la mañana siguiente, María regresó a la panadería. Se volvió a cruzar con Paula, pero esta vez no hablaba por teléfono y se detuvo a saludarla.

—Hola, María. ¿Cómo le va?

—Bien. Haciendo los mandados. ¿Vos cómo andás, querida?

—Muy bien. Disculpe que ayer no pude parar a saludarla. Tuvimos un día muy agitado. Resulta que Marcos está por poner un bar con un amigo. Querían inaugurarlo el próximo viernes, pero, a último momento, hubo un problema con la electricidad, así que habrá que esperar unos días más. Ayer tuve que encargarme yo de llamar al electricista y encontrarme con

él porque Marcos y su socio estaban ocupándose de otras cosas. Después le aviso, cuando sea la inauguración, por si quiere pasar un rato. ¡Ah! El bar se va a llamar El Mulato.

—Iré con mucho gusto, querida —dijo María con los ojos fuera de sus órbitas y la mandíbula a punto de caerse.

Geni

DULCE FRUTA AMARGA



Nunca en su vida había visto un viajero tan deslumbrante resplandor. Tal efecto surgía de la mesa del fondo. Un concierto hiperbólico de ornamentos dorados, recién enlucidos, formando un altar, habían sido estratégicamente dispuestos de tal manera que, al abrir los dos portones principales el sol incidiera plenamente sobre los metales preciosos. Aquellos que dirigieran su mirada hacia el ara, hipnotizados por tanta belleza, se verían obligados a entornar los ojos para no recibir daño alguno.

Los pies de las criadas se movían afanados y frenéticos, acostumbrados al ritmo infernal de una coreografía histérica, aunque precisa. Ni un encontronazo, ni el más mínimo roce. Bandejas de viandas iban y venían y quedaban dispuestas de tal forma que todo el conjunto era una obra de arte. Cientos de frutas jugosas traídas de todos los confines emborrachaban los sentidos. Pasear junto a ellas me transportaba a lugares exóticos acompañado de bellas mujeres. Del sutil aroma a chocolate del fruto del akebia, al anon de las Antillas o a las graciosas carambolas estrelladas indonesias. Una en particular llamó mi atención, pues jamás había conocido fruta semejante. Miles de esferas de colores, diminutas, a modo de caviar frutal, dispuestas sobre una bandeja circular formaban un precioso *mandala*. Pasó por mi lado un criado mulato al que

pregunté por el nombre y procedencia de aquella maravilla. Fue entonces cuando aprendí que se trataba de *finger lime*, el caviar cítrico procedente de las selvas de Australia que estaba causando furor en la nueva *Haute Cuisine*. Sus seis variedades de sabor cítrico y de colores diversos fluían de vainas desde el centro de la bandeja hacia afuera formando vistosos y apetitosos patrones. Una mezcla colorida de belleza y acidez amarga.

Un monte de *gacs*, o frutas del cielo, ácidos rubíes frutales y colección de corazones en cesta de calabaza, sostenía la presidencia entre flores moradas de la *Passiflora edulis*, la fruta de la pasión, encerrada en frutero de oro con barrotes de platino. Recordé con amargura entre tanto dulzor que la referencia a la pasión, aunque bien podía reflejar el arrebatado delirante de dos amantes, se debía a que sus estambres negros representaban los negros clavos de la corona de espinas de la pasión de Cristo. Curiosa dicotomía encerrada en jaula de oro que el día de hoy no me permitiría olvidar jamás.

El calor sofocante del exterior no penetraba en la sala. Docenas de ventiladores de techo daban vueltas consiguiendo que las fastuosas sedas multicolores ondeasen plenas de sensualidad. Llegada la hora, los sirvientes comenzaron a tomar posiciones y los fastuosos asientos fueron gradualmente ocupados por los invitados al festejo. Los primeros en llegar fueron el sultán de Neibrun y sus quince esposas, en fila, una detrás de otra y a una distancia prudencial del sultán. Cada una de las quince esposas vestía de un color, de forma que, en su desfilarse describían una hipnótica estela de aurora boreal. Cada vestido monocromático dejaba al descubierto, únicamente, los bellos ojos adornados de las mujeres, y preservaban el resto de las miradas del mundo, según era costumbre, como signo de decencia. Si bien, como digo, era su costumbre, a mí todo aquello se me hacía insoportablemente raro.

Saqué mi libreta del bolsillo de la americana. Tomé notas de todo lo que allí aconteció, incluso esboqué algunos dibujos, ya que la toma de imágenes estaba absolutamente prohibida. Tras ellos el resto de invitados de la más alta alcurnia hasta hacer un total de mil. La familia del novio, Kalyan, cerró la comitiva. Cuando el ujier anunció su presencia, noté que dos sirvientas no dejaban de chismorrear. Los hermanos de Kalyan, cuyo nombre significa afortunado, sonreían ampliamente mostrando sus dientes de oro enmarcados entre finos labios y pieles arrugadas. En efecto, era muy afortunado. Había vivido sesenta años y había conocido veinticinco esposas. Nunca había padecido el hambre ni el infortunio. Sin embargo, era de carácter agrio y autoritario. Su semblante reflejaba la hiel que destilaba. No se sentía feliz. Nunca había tenido metas que alcanzar en su vida. Era una amalgama de infante consentido y viejo atormentado. Se desconoce si fue su carácter lo que afeó su aspecto o su aspecto lo que afeó su carácter. De cualquier forma, Kaylan no encontraba sosiego. Caminó lentamente hasta el altar deslumbrante y allí esperó junto al oficiante de la ceremonia.

Los portones se cerraron. Un ensordecedor estruendo de tambores anunciaba la llegada de la novia. Cuando parecía que toda la estancia se iba a derrumbar, los tambores cesaron, los portones se abrieron, el sol iluminó el altar y entró una figura diminuta que contrastaba con el astro rey. Una sombra mínima caminaba tímida hacia el ara, con paso lento, temblando bajo la túnica y seguida de un cortejo de damas que encabezaba la anciana madre del novio. Cuando llegó junto a él, Aishla fue despojada de su túnica. Su piel quedó al descubierto tapada solamente por una tela morada que cubría su torso y otra desde la cintura hasta media pierna. La piel de su cintura hasta el ombligo se hallaba decorada con *mandalas de henna* formando hojas que apuntaban sensualmente al sur. Sus cabellos, recogidos en alto con un prendedor de diamantes, cayeron en cascada recorriendo su espalda cuando Kaylan

retiró la sujeción como parte del ritual. Escudriñé sus rostros. Un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando tomé conciencia de lo que allí sucedía. Los grandes ojos verdes de Aishla dejaron escapar una lágrima que peregrinó por su rostro aterrorizado. Comprendí que en lugar del reportaje de la boda de un magnate que había ido a cubrir, estaba asistiendo a un matrimonio infantil forzado, en el que Aishla era solo una mercancía, un trofeo más para Kaylan y una fuente de ingresos para los paupérrimos padres de ella.

Recordé entonces amargamente el significado del maracuyá que presidía la mesa nupcial. Para Kaylan, Aishla significaba la pasión representada en sus más bajos instintos y para Aishla, Kaylan representaba, como el maracuyá matrimonial, su propia pasión cristiana encerrada en una jaula de oro.

M_Judd

EL HIJO MULATO



—Lo que pasa es que a la gente le gusta mucho chismorrear —dijo la mujer del moño antes de darle una nueva calada al cigarro.

En ese momento las cabezas que se asomaban desaparecieron y aquellos que se escondían detrás de las persianas dieron un paso atrás, apagaron las luces y cerraron las ventanas. En el interior de las casas se multiplicaron las conversaciones en las que cada uno daba su propia interpretación sobre lo que había sucedido.

Al día siguiente, mientras esperaba su turno en la caja del supermercado, un hombre de unos cuarenta años explicaba a la mujer que se encontraba detrás de él todo lo que sabía sobre lo sucedido y sobre las razones por las que había ocurrido:

—Lo que pasa es que nunca ha sido una mujer como Dios manda, con decencia y saber estar y con la cabeza en su sitio. Un día iba con uno y otro día con otro. No ha sido ni una mujer, ni una madre como Dios manda. Los dejaba en la calle todo el día mientras ella se dedicaba a lo que se dedicaba. ¿Qué se podía esperar entonces de sus hijos? Uno medio alcohólico que no se sabe dónde anda, la mayor tres cuartos de lo mismo,

la más pequeña que con quince años ya tenía un niño... y el otro pues...ya viste lo que pasó ayer.

—Falta uno —pensó la mujer. Pero no dijo nada.

¿Cuándo había empezado todo? ¿Empezó cuando Aamil ya no pudo ir al entrenamiento porque no podía pagarse el transporte? ¿Cuando se fumó su primer cigarrillo? ¿Cuando hizo sus primeras pellas? ¿Había empezado todo cuando su padre se largó de casa la primera vez? ¿O cuando su madre los dejaba solos en la calle durante horas? ¿O quizá el primer día de colegio cuando se sintió un bicho raro en aquella clase? ¿O puede, quizá, que todo hubiera empezado mucho antes, antes incluso de que él naciera, cuando su madre decidió casarse con aquel chico negro a los pocos meses de haberlo conocido? ¿O antes incluso, cuando su abuelo abusó de su madre por primera vez?

Los cinco hijos de la mujer que años más tarde vería cómo metían al más pequeño en una ambulancia, sujetado por tres personas, fueron los primeros niños mulatos del colegio y serían los únicos durante muchos años. No aprendieron mucho, especialmente el más pequeño. Bastante tenía con aguantar los comentarios de sus compañeros de clase. Una vez, durante el recreo, uno de ellos le dijo:

— ¿Sabes que el diablo es negro?

Aamil no llegó a entender que quería decirle aquel niño, pero no le gustó. Se fue a buscar a su hermano Marcos al otro lado del patio pero cuando éste le vio solo le dijo:

—Aamil, no puedes estar aquí. Esta es la zona de los mayores. Vete con los de tu clase, anda.

—El problema es que está con la medicación, por el tratamiento, y encima fuma. Y entonces le dan las alucinaciones y empieza a decir algo del diablo y « ¡Matar al negro, al negro!» y se pone violento y no le podemos controlar.

—Pero ¿él es más mayor o...?

—No, él es el más pequeño.

Eran más de las tres de la mañana cuando los dos coches de policía y la ambulancia con el chico en su interior se marcharon.

—Lo llevamos al Hospital... —le dijo la mujer que acababa de atender a su hermano.

—De acuerdo. Gracias.

—Falta uno —pensó la mujer.

Marcos fue padre hace cuatro años de una niña mulata como él, aunque de piel algo más oscura, y que se llama Adanna como su tía abuela paterna, un nombre que significa «la hija de su padre».

Esta noche Marcos apenas ha podido dormir. Tuvo que salir corriendo a casa de su madre que le llamó porque no podía controlar a su hermano que acababa de sufrir un brote psicótico. No ha oído el despertador y con las prisas se le ha olvidado meter el babi de Adanna en su mochila de *Dora, la exploradora*.

Esta mañana Adanna ha llorado mucho cuando su padre la ha dejado en el colegio por primera vez, el mismo colegio al que fueron su padre, sus tíos y sus tías.

Esta mañana ha llorado mucho, pero ahora sale corriendo con una sonrisa en la boca hacia su madre que la espera al otro lado de la verja del colegio. Justo cuando su madre se agacha para darle un beso se cruza por detrás una niña muy blanca que le dice:

— ¡Adiós Anana!

—Adiós —le contesta Adanna mientras la despide con la mano.

— ¿Ya has hecho una amiga? —le pregunta su madre.

—Sí.

Maiara Kouri

CONTESTA A LAS SIGUIENTES PREGUNTAS



¿Anula un condicionamiento toda posibilidad de creación, reduciéndola a una construcción, o, por el contrario, sirve de plataforma para que las ideas levanten vuelo? ¿Es la creatividad una entelequia sin causa ni efecto, o un producto condicionado?

Desarrolla tu argumentación con un ejemplo: los participantes en un concurso de relatos pueden elegir cualquier forma literaria, con una sola condición: en todos los relatos deberán figurar al menos una vez las palabras «raro», «decencia», «mulato» y «chismorrear».

¿Tiene ante sí el candidato escritor una tetralogía castradora o cuatro puertas a la fantasía?

Al descubrir esta mañana semejante propuesta, el tema del examen que debe aprobar para ingresar a la Facultad de Filología, la primera reacción de Juan fue de estupor, un cielo barrido, mente en blanco, nada de nada. ¿Por dónde empezar?

Por el raballo del ojo puede ver el gesto estrujado de Pablo: «Seguro que está tratando de recordar la definición de 'creatividad' de Schopenhauer». En cambio, a él solo le viene a la mente el título del último libro de Ralph

Ordóñez, «*Creatividad, my ass*». No quiere, sabe que es un error, pero apenas puede contener la risa. «¡Mierda, te estás jugando la Facultad!» Ralph habría respondido de una tirada: «Ni causa ni efecto. La creatividad es un chisme de la mujer de Toño que le inventa un trabajo decente al mulato de la esquina, un tipo raro y maricón.»

«Estás perdiendo tiempo, Juan. Tienes que responder como conviene, o no te quedará más salida que la traducción de manuales de instrucciones de ventiladores portátiles.»

Intentando espantar una perspectiva tan agorera, Juan pone la fecha y empieza:

La creatividad es mentira, porque la verdad ya está hecha, y la mentira no existe sin causa. Que haya o no efecto, es otra cosa, todo depende. El candidato que aún no ha escrito cuatro novelas y todavía se cree hacedor, capaz de montarte un mundo donde tú no has visto nada, te mirará con desprecio si le preguntas por la causa de su obras. Hay otros que ya han probado suerte en varios concursos «de escritura libre y creativa», que han soportado durante semanas el flagelo de arrojar papel al cesto sin más resultado que un terrible dolor de cabeza y un odioso sentimiento de incapacidad, y que solo han conseguido salir de ese limbo gracias al piadoso destino.

Es el caso de un escribiente novato que estaba a punto de suicidarse cuando la portera viene a contarle que su vecino, un setentón, se largó hace poco con una de 25, sin sospechar el pobre –la ilusión es un antifaz– que la chica ya le había preparado un velorio y la transferencia del saldo a su cuenta en Mallorca. ¡Y se hace la luz!

Así nace una historia de frustración sexual y mujeres felinas. Un espeluznante relato de aburrimiento conyugal que se desgrana en

proyectos atrevidos, primero, y poco a poco en ideas tan sórdidas que apenas se atreve a pronunciar en voz alta.

Ahí está la prueba: la creatividad tiene causa. También efectos, al menos en este caso, porque qué son un pobre hombre ahorcado y un entierro anticipado sino efectos, y muy dramáticos aunque usted no quiera. Queda pues demostrada la necesidad de las causas en el proceso creativo, y por ello mismo la necesidad de las condiciones porque, abra usted los ojos, las condiciones no son más que atajos que le quieren poner nombre al azar.

Contestada ya la pregunta obligatoria, que le parece bien fundamentada con el desarrollo de la hipótesis impuesta, cuando todo parecía ir por buen camino, Juan se despista y deja que el tiempo que le queda se desparrame por el intríngulis de otra pregunta que se le antoja mucho más acuciante, un abismo de ansiedad: ¿No hemos hecho nunca nada sobre nada? ¿No es el escritor nada más que un simio, que reacciona como se espera a cada estímulo, incapaz de salir de la hoja en blanco si no le das una pista?

Pero el tiempo se acaba y Juan tiene que elaborar el argumento si quiere sentarse un día al lado de Olga en clases de semiología. La lectura de Spinoza viene a rescatarlo. Según Spinoza, el hombre no es libre, en todo lo que hacemos respondemos a un destino y cada uno de nuestros actos está determinado. La creatividad no es más que ilusión de novedad, el resultado más o menos previsible de un aliciente, llámelo causa si usted prefiere. El saber popular no dice otra cosa. Permítaseme citar a Espinoza, un amigo que se ha forjado principios muy sólidos en la barra del bar, digno representante del género *humanus vulgaris*. «La creatividad es cuando llegas tarde al trabajo y le inventas al jefe que tu madre ha muerto.» Considérese que en este paradigma la causa puede ser

el deseo inconsciente de librarse al fin de una madre alcohólica, o de vengarse del jefe que te mira con desdén.»

Concluiremos afirmando que la citada tetralogía frustra una ilusión, la de ser Dios Creador. El candidato al Nobel que se rebaja a escribiente se aferrará a ellas como tablas de salvación y para él sí serán puertas a la fantasía, pero una fantasía de rebajas que te deja insatisfecho y con una duda de insomnio: ¿Habrías escrito un relato sin riendas, o no eres más que un decorador de interiores que obedece a tendencias predefinidas?

Los resultados solo se conocerán dentro de un mes. Entretanto, Juan le dará vueltas a esa nueva pregunta con herramientas concretas: se va a inscribir en un concurso de relatos sobre la segunda Guerra Mundial y contará sus vacaciones en Punta Cana. Sonríe ya con sarcasmo, apostando por el jurado que siempre encontrará una relación con el tema. Se quiere poner a prueba y demostrar, o no, que uno es capaz de librarse de la determinación. Pero entonces surge una nueva pregunta que habrá que contestar, o no: «¿Están los miembros del jurado de un concurso literario condicionados y solo ven lo que quieren ver?»

Mateo Greco

CAZANDO MULATAS



Solía salir a cazar mulatas, sobre todo en verano. Por ello, entre otros motivos, decían que era raro. Desde que llegó a la aldea tuvo el sambenito colgado, nunca hizo nada para ganárselo y nunca se deshizo de él, aunque tampoco lo intentó. Él sabía que no había indecencia alguna en nada de lo que hacía, aunque los chismes seguían corriendo, ese verano era «el hijo del diablo». Su único pecado fue ser hijo de su madre, que había vuelto de ultramar con un bombo y sin marido y que trabajaba de sol a sol en lo que fuera, para llevar comida a casa y que Nano pudiese asistir al colegio, en donde lo sentaban al fondo de la clase y lo ignoraban día tras día.

Era la fiesta de Santa Margarita, fui a buscar a Nano a la playa para decirle que viniera a la verbena que se celebraba en la plaza, se mostraba reticente, pero lo convencí. Pedí dos zumos en la barra, pues a él no se los habrían dado, y se nos acercó la niña nueva. Se llamaba Felisa, era hija de un mando de la Guardia Civil que acababa de ser trasladado. En el momento en que se cruzaron sus miradas supe que habría problemas.

Estuvimos riendo durante un buen rato, fue la primera vez que Nano se relajaba rodeado de mucha gente... Hasta que llegó D. Severiano, el padre de Felisa:

—Felisa, ¡a casa! ¡De inmediato! —espetó en un tono áspero y bronco. Felisa salió corriendo como alma que lleva el diablo y Nano se tensó como un resorte, pero aguantó la mirada reprobatoria y desafiante de D. Severiano, quien se marchó bufando y farfullando.

Felisa se nos unía cada vez que podía y los tres disfrutábamos del verano, de la playa, de las mulatas, sí, Nano nos enseñó a cazarlas y a hablar con ellas, aunque, al principio, Felisa y yo teníamos miedo de esos cangrejos zapateros de color parduzco que siempre devolvíamos al mar.

Una mañana de principios de curso la Guardia Civil interrumpió la clase de D. Manuel y se llevó a Nano. Sin preguntas ni pruebas lo consideraron culpable de un robo que había tenido lugar esa misma mañana en la mercería de D.^a Fina. Solo bastó el comentario de algún avisado que dijo «seguro que ha sido ese mangurrián, el hijo de la casquivana» para que fueran directo a por él sin caer en la cuenta de que había estado en el colegio desde las 7 de la mañana, pues el día anterior lo habían castigado a barrer el patio antes de primera hora.

Nano volvió al día siguiente con un moratón en el ojo. El maestro no dijo nada. Felisa y yo no nos podíamos creer que le hubieran pegado, le preguntamos qué pasó, pero ese «mangurrián» tan solo contestó:

—¿Nos vamos a cazar mulatas y hacer carreras contra las olas?

Una semana más tarde lo acusaron de violar a Clara, que se había quedado embarazada y era la «tonta» del pueblo, Clarita tenía una deficiencia mental. Felisa y yo salimos en su defensa y le proporcionamos una coartada verdadera, mi testimonio daba igual, pero que la hija de D.

Severiano sostuviera delante de su padre la misma historia que yo, eso ya era irrefutable. A Felisa la castigaron *ipso facto* sin salir de casa y ya no la volvimos a ver. Su padre la mandó a un internado en el extranjero. Las acusaciones se sucedieron sin parar a lo largo del curso, ya no se trataba solo de robo o violación, cualquier excusa valía para intentar echarlo del lugar: lo acusaron de exhibicionismo porque solía ir con el torso desnudo y descalzo; de chantaje para obtener comida; de tuberculosis cuando estalló un brote en la aldea; y hasta de matón cuando el hijo enclenque de D. Manuel volvió un día a casa todo magullado.

Nano iba descalzo porque su madre no tenía suficientes duros para comprarle un nuevo par de zapatos, trataba de no usar camisetas cuando no hacía frío para no gastarlas, la comida que tenía se la daba yo, que guardaba un poco siempre a escondidas, él fue de los pocos niños en la aldea que no tuvo ningún síntoma de tuberculosis y el hijo del maestro se había magullado porque se había caído por un terraplén y le daba vergüenza reconocerlo.

Con el buen tiempo empezamos de nuevo a ir a la playa, pero el ambiente de la aldea estaba muy caldeado. Su madre tenía que alejarse cada vez más para conseguir trabajo antes de que los chismorreos sobre ella y su hijo llegaran a la siguiente parroquia. Entonces me prohibieron juntarme con Nano, al principio no hice caso, pero estaban tan encima de mí que no pude verlo más hasta aquel fatídico día.

Volví a ser Santa Margarita, mi día favorito del año. Estaba decidida a buscar a Nano y a llevarlo a la verbena, se lo diría cuando regresara de recoger moras silvestres en el Camino Viejo, pero hacía días que no lo veía pasar. Iba a desayunar cuando vi la cara pálida de mamá. Algo pasaba. El periódico de aquella mañana daba la peor noticia que he

recibido nunca: «Niño mulato de 14 años encontrado muerto en la cala del Paraíso». Salí de mi casa enloquecida a gritarle a todos los vecinos de la aldea, uno por uno sin dejarme a nadie: «Nano era tan raro que era un chico extraordinario que cazaba mulatas entre otras extravagancias. Su piel morena no significaba nada, perdón, sí, que tenía un corazón decente y puro. ¡Ah! Que lo puro es lo blanco, ¡qué equivocados estáis! Con tanto chismorreo lo matasteis y a su madre también la vais a matar del disgusto. ¡Fariseos, tragasantos y fantoches! ¡Eso es lo que sois!».

Muy a mi pesar, tras tantos años transcurridos, nada ha cambiado. Aquí ya no mueren niños mulatos, pero sufren acoso escolar, discriminación social o cualquier otro tipo de rechazo. Sigue habiendo muchos Nanos.

Prillizas

HÉROES Y VILLANOS



Las campanas de la vieja catedral reconstruida tras la gran guerra de 2018 daban la bienvenida al año 2040. La tensión aún se palpaba entre las grandes potencias mundiales pero la mayor parte de la población rechazaba un nuevo conflicto armado, en especial aquellos que lo habían sufrido con mayor intensidad y que aún luchaban por vivir con ello. Entre ellos estaba un joven de 30 años al que la guerra le arrebató a su madre y a sus dos hermanos y le dejó solo cuidando de un padre herido en el frente cuando todavía era un niño.

Hacía ya 20 años que había terminado una guerra que arrasó miles de ciudades en tan solo dos años, llevándose consigo un incontable número de víctimas, y sus consecuencias se seguían sintiendo a día de hoy. Hoy, día en el que llega el nuevo año. Día en el que entierran a su padre como un héroe de guerra. Dyma se despide frío. Parece no sentir. No importa, el funeral está lleno de gente que solo habla de cómo aquel héroe mató a 50 personas en una misión casi suicida que lo dejó postrado en una cama para el resto de su vida y dependiendo de su hijo de 10 años. Aquella misión fue el inicio del final de la guerra. Era un héroe. Se iba un gran héroe, todos pensaron.

Todos salvo Stanis el primo de Dyma criado en España. Él creía que el héroe estaba vivo, más vivo que nunca a pesar del frío en sus ojos. El héroe estaba allí de pie junto a su padre, como había hecho desde que terminara la guerra en 2020. Un hombre al que le arrebataron todo: su familia, su presente, su futuro, su niñez... pero nunca perdió la fe. No la fe en un Dios, sino la fe en la humanidad. ¿Qué clase de persona sigue dándolo todo por los demás y creyendo en todos y cada uno de nosotros a pesar de haber visto lo peor del ser humano?, se preguntaba Stanislav constantemente sin obtener respuesta.

Stanislav volvió a España con su mujer y sus dos niñas, pero no sin antes insistirle a Dyma que se fuera del país. Podría ir a España, con él. Él le ayudaría. O a Alemania, con su hermana.

Dyma optó por la segunda opción tras hablar con su prima. Esta le consiguió un trabajo en la ciudad en la que vivía. No era gran cosa, pero era algo.

El joven trabajó muy duro durante meses, ajeno a los chismorreos de sus compañeros, y poco a poco se fue adaptando a una ciudad en la que las sonrisas de desconocidos le incomodaban. Sonreían al dar las gracias, al pedir disculpas, permiso... sonreían al hacer contacto visual. Sonreían demasiado y Dyma encajaba este comportamiento desconcertante como buenamente podía.

Allí conoció a Manuel, mulato, hijo de cubana y español, y novio de Anastasiia, la prima de Dyma. La pareja se conoció en Barcelona, ciudad natal de Manuel y en la que Anastasiia había vivido prácticamente toda su vida. Tras terminar los estudios, cuando llevaban dos años juntos, la joven recibió una oferta de trabajo en Berlín que no pudo rechazar.

Manuel se fue con ella y desde entonces vivían en esta ciudad donde la gente era fría como el témpano. Apenas sonreían al dar las gracias, al pedir disculpas, permiso... ino sonreían al hacer contacto visual! Y Manuel tenía problemas con eso desde el principio. No terminaba de encajar.

Manuel y Dyma, al contrario, sí que llegaron a hacer buenas migas. Manuel veía al primo de su novia como el típico representante de su país natal. Frío, distante, raro. Pero Dyma era distinto: era buen chaval, decente.

El joven barcelonés acudía regularmente a unas reuniones clandestinas con un grupo revolucionario compuesto de personas de distintas procedencias pero con unas ideas muy claras. Estaban hartos de vivir bajo el yugo de unos pocos que gobernaban al resto. Dyma comenzó uniéndose al grupo poco a poco. Primero iba una vez al mes, luego dos, tres... hasta que fue ganándose el respeto de todos. Al fin y al cabo era el hijo de un héroe.

En abril del 2042 tuvo lugar una cumbre en Berlín con los líderes de las potencias mundiales. Se reunirían en un solo lugar todos los culpables de nuestras desgracias, aseguraba Manuel. Y... muerto el perro, se acabó la rabia. Por supuesto. Era el momento de pasar a la acción.

El grupo eligió a cinco «luchadores» con distintas lenguas maternas y apariencias físicas. Se acercarán lo máximo posible a los líderes.

El objetivo estaba claro: acabar con todos ellos.

Sería un ataque suicida. Todo por dejarle a nuestros hijos un mundo mejor. Sería la muerte de 10 personas a cambio de la vida de miles de millones. Era un precio justo.

Todo funcionaba según lo planeado. Al dar una orden al minúsculo robot que habían conseguido colar en el interior del edificio, este volaría por los aires.

Manuel pulsó un botón. Ya estaba hecho...

No funciona... ¿por qué no funciona? Cada músculo del cuerpo de Manuel temblaba. Había perdido el control. ¿Qué está pasando?, se preguntaba en pleno ataque de histeria. De repente sintió unas manos por detrás. Le habían cogido y su misión había terminado. Se pasaría el resto de su vida en la cárcel.

En su habitación, Anastasiia, en estado de shock, leía una carta de su primo.

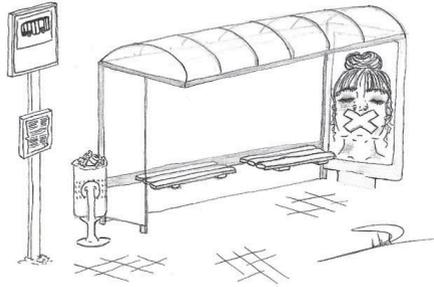
«Cuando mi padre quedó parapléjico tras su misión, creía firmemente que era un héroe. Que había salvado a la humanidad. Él mismo me hizo ver que era un error y la misión de Manuel me lo confirmó. La humanidad no la salvan actos terroristas. La salvan individuos con medios totalmente contrarios. No me odies por mandar a tu novio a la cárcel. Le he salvado la vida y ahora me vuelvo a casa. Gracias, prima. Espero sepas perdonarme.

Tu primo que te quiere,

Dymtro Shevchenko

Rubín

PUNTO DE INFLEXIÓN



La veía todos los días sentada en el mismo banco, en el mismo sitio, desde que empezamos el instituto hasta la fecha. Cogiendo siempre el mismo autobús y bifurcándonos siempre a la entrada del mismo centro, hasta que nos encontrábamos en nuestros respectivos pupitres.

Era bastante irónico, pues nunca habíamos cruzado más de cinco palabras seguidas, a pesar de que llevábamos desde el primer día que pusimos el pie en cada aula sentándonos juntos, consecuencias de estar el uno tras el otro en la lista de clase.

Parecía que éramos bastante diferentes a simple vista. Ella siempre iba con su ropa de marca, su pelo perfecto, su piel de seda, su maquillaje intacto y su vida perfecta. Y eso sin contar lo rodeada que estaba de sus amigos, que todo el mundo quería estar cerca de ella, sus buenas notas, sus viajes en familia, su vida perfecta.

Y yo con mis pantalones holgados, mis sudaderas una talla más grande, mi piel mulata, el pelo enredado como si en la vida me lo hubiese peinado, y mi cara de indiferencia hacia todo el que me miraba. Y no hablemos de mis aprobados rasgados y mi falta de amistades.

Se podría decir que ella lo tenía todo, todo lo que cualquiera deseara tener, todo lo que uno pudiese imaginar, y eso la convertía también en un todo. Y yo era justo su contrario.

Sin embargo a mí nunca me engañó. Puede que nunca llegásemos a ser amigos, pero la observaba, y muchas veces así se aprende más de una persona que con las palabras que esta te pueda contar.

La veía todos los días en la parada, sin ninguna duda mi lugar favorito.

Siempre estaba sentada en el banco con la mirada perdida en la nada. Yo me quedaba de pie, apoyado al poste de la parada, mirándola. Me llamaba tanto la atención. No por su aspecto, a pesar de que no niego que era preciosa, sino por su forma de ser, por cómo actuaba cuando estaba rodeada de gente y cómo se comportaba cuando creía que estaba sola, cuando solo estábamos ella y yo.

Ella lo tenía todo, era todo lo que uno aspiraba ser, pero a su vez era su contrario. Todo y su contrario. ¿Cómo se puede llegar a ser ambas cosas sin acabar rompiéndote tarde o temprano? Es más, ¿qué era su contrario? Su contrario era lo que, al parecer, solo yo podía ver, en esa parada, en la que siempre estábamos ella y yo, pero yo era invisible. En consecuencia, ella no tenía que actuar. Su contrario eran esas lágrimas que se le escapaban cada vez que tenía la mirada fija en la nada o esos ojos hinchados de tanto llorar, esas ojeras de no dormir, esos moratones escondidos bajo capas de maquillaje que no engañaban a nadie.

Perdón, que no me engañaban a mí, pero sí al resto del mundo.

Cada vez que entraba en el autobús cambiaba. Se ponía esa máscara con la que engañaba a todos los que la rodeaban, con la que fingía una

sonrisa, se secaba las lágrimas y se ponía a chismorrear con sus amigas como si nada hubiese pasado. Y así estaba todo el día, así hasta que volvía a su casa, así hasta que se bajaba del autobús y se daba cuenta de que tenía que volver a esas cuatro paredes entre las que no era feliz.

Era raro, cómo decía que todo en su vida era perfecto, cómo lo tenía todo, pero en el fondo tenía su contrario. ¿Y qué es el contrario de todo? Pues nada. Así es, no tenía nada, estaba sumida en la nada. En cierto modo era como yo, pero con la diferencia de que yo no lo escondía. No éramos tan diferentes.

Yo lo veía todo, o lo oía... Veía cómo sus amigas la apuñalaban a sus espaldas, esas que tanto la imitaban, desde su forma de vestir hasta en su forma de caminar, pero en el fondo solo bastaba que ella saliese un momento del aula para que la criticaran. Y ella lo sabía, pero hacía como si no se enterara.

Tampoco podía evitar enterarme de su situación familiar. Vivíamos en la misma calle, una casa enfrente de la otra. Y lo veía todo, lo escuchaba todo. Los gritos, los insultos, las amenazas, los golpes.

Pero a pesar de ello, ella siempre era capaz de sacar una sonrisa, de seguir hacia delante, de hacer como si todo fuese perfecto. No la conocía en el significado estricto de la palabra, pero era la persona más fuerte que nunca antes se había cruzado en mi camino.

Y así fue como veía su día a día, en ese punto de inflexión que era la parada, en el que podía pasar de todo a nada y viceversa. Pero en el que siempre la nada le pesó más que el todo. Y por eso, al final buscó un atajo para poder ser feliz.

Todo el mundo se preguntaba por qué, si todo era perfecto. Yo lo sabía, pero no dije nada, nunca dije nada. Nunca tuve la decencia de decir la verdad, de ser honesto, de contar lo que estaba viendo antes de que sucediese algo peor.

Pero, en el fondo, ¿cuántos más habrá en la misma situación? ¿Cuántos más irán con una sonrisa en la cara, diciendo que lo tienen todo pero viviendo en su contrario? ¿Cuántos más necesitan algo de ayuda para poder salir de esa nada que es su contrario? ¿Cuántos más están sumidos en la nada conmigo? ¿Cuándo vendrá alguien a ayudarnos?

Es más, ¿habrá alguien que realmente quiera salvarnos?

No lo sé, pero aquí sigo, todos los días en la misma parada, esperando a alguien que sé que nunca más aparecerá.

Sentea

QUID PRO QUO



John Anderson se había trasladado a Zaragoza para vivir con su novia, aprovechando su situación de traductor *freelance*, que le permitía radicarse casi en cualquier parte. En la capital maña, como en los más de los sitios donde había estado, le formulaban siempre la misma pregunta: «¿Y tú de dónde eres?». No era raro –según él mismo reconocía– despertar esa curiosidad: para empezar su nombre anglo, que debía a su progenie paterna, y luego esos casi dos metros de musculatura atlética curtida por el sol, que le conferían un aire de atractivo mulato. «Dime de dónde eres tú y buscaremos un punto de encuentro», solía dar como toda respuesta, dejando que fueran otros quienes hablaran del pedigrí propio.

En el bloque de pisos donde vivía (serían unos 150 vecinos) pocos se conocían: algunos nuevos propietarios, demasiado movimiento de inquilinos. Los viejos chismorreaban tratando de averiguar quiénes eran los recién llegados. Era una especie de lucha contra el gris anonimato que a veces los jóvenes trataban de imponer, y una especie de autodefensa en pro de los intereses de la comunidad. John veía más indicios de lo primero que de lo segundo: él era respetuoso y estaba al día de los pagos condominiales, y aún así tuvo que enfrentarse a varias situaciones incómodas. La peor fue una tarde en que, cansado después de traducir un contrato, varios títulos universitarios y tres o cuatro páginas del libro de historia cuya versión al español tenía que entregar cuanto antes, se sentó

a la sombra de un plátano en el primer banco que había saliendo del portal, mientras esperaba a que bajara Clara, que se le uniría para hacer deporte. Un señor de unos setenta años, con barba blanca, traje, sombrero y una leontina que a todas luces sujetaba un reloj de los caros, le espetó: «¿Qué tal pagan ahí las horas extraordinarias?» Y luego, mientras se iba y *sottovoce*: «¡Puto vago!». Obvio: solo lo veían paseando de la mano de una chica linda, yendo al mercado o montando en bicicleta. La conclusión menos elaborada lo haría pasar por un vago que, en la más agravante de las hipótesis, viviría de posibles subsidios o a costa de la familia.

Sumido en estas reflexiones, mientras llegaba Clara sacó el móvil y buscó en el DRAE las acepciones de «vago» –era algo que solía hacer, leer y memorizar definiciones de diccionario–: 1. «Holgazán, perezoso, poco trabajador»; 2. «Dicho de una persona: sin oficio y mal entretenida». Su novia mañica le dijo que no se calentara los casos por semejante tontería, que los viejos no conocían la modalidad de trabajo a distancia y mucho menos el horario flexible, y lo consoló cantándole una jota que muchos niños aragoneses aprendían de chicos:

En la burra mando yo

Yo soy el amo la burra

En la burra mando yo

Cuando quiero digo arre

Cuando quiero digo so

Sin embargo, lo de «persona sin oficio y mal entretenida» le había pellizcado su prurito de decencia. Esa tarde, mientras corrían, iba haciendo un *brainstorming* de posibles soluciones / microvenganzas. Hubo una que le pareció de perlas: hacerse una de esas placas doradas con letras negras que los profesionales ponen en los portales de acceso a sus

despachos. «John Anderson: traductor de inglés, francés e italiano. 7º A». A la mañana siguiente contactó con una empresa de rótulos y a finales de semana su placa grabada lucía brillante bajo la de una abogada y un psicólogo, vecinos suyos. Eran ochenta y cinco euros que se podía haber ahorrado (más de lo que ganaba en una jornada intensa de trabajo). Profesionalmente no le hacía falta; ya tenía un nutrido grupo de clientes y los nuevos le contactaban a través de las redes en internet. Pero recordaba aquello que le había dicho el Magistral a la Regenta: «No, hija mía, no, lo esencial es todo; la forma es fondo».

Al cabo de pocos días, el venerable señor del sombrero estaba llamando a su puerta. «¿Así que es usted traductor? Pero ¿autodidacta o formado en una de esas escuelas de traductores que proliferan como champiñones? El caso es que yo tengo un nieto de ocho años que quiere aprender inglés. ¿Le podría dar unas clases?». John le explicó con la máxima educación que pudo que realmente no era profesor, sino traductor, que desconocía la metodología y la didáctica de la enseñanza de lenguas extranjeras para niños, pero que, no obstante, trataría de encontrarle a alguien a través de su círculo de colaboradores. A cada paso el señor torcía la boca y alzaba los ojos con una mezcla de desprecio y autoafirmación.

Una mañana la placa de John apareció garabateada con rotulador rojo: «Ponte a trabajar, lengua bífida». Fue Clara quien lo vio, cuando salía a su tarea. Para que nadie lo leyera, y esperando que nadie se hubiera fijado ya, le pidió al portero un destornillador y desmontó ella misma la placa, para ocultarla después en un resquicio de su abultado maletín. «¡Increíble!» – pensó, indignada– «este portal es antropológicamente interesante. Está lleno de *haters* a la vieja usanza. Misoneístas que hacen gala de más mala baba que saber estar».

Esa tarde, al volver, encontró en el salón de su casa a un niño rubio que bebía un vaso de la limonada natural que ella había hecho por la mañana y que se presentó en un entrecortado, pero correctísimo, inglés:

Hello, Clara. My name is David. Your boyfriend is my teacher. My teacher is great.

Volívelo

NOVIA POR...



Amaranto se agarra la cabeza, sentado en la mesa de su bar favorito. Resolvió tomarse una semana libre en los rodajes. Le viene bien tomar un poco de aire puro. Aunque él de puro no tiene mucho; muy por el contrario, le atraen los excesos.

Mientras termina su cerveza se le acerca una gringa solitaria. Él le suelta las primeras palabras que le salen. Ella deja aflorar toda su engañada y pisoteada vida sentimental. Quiere olvidarse de aquel execrable tipo. Él le presta el oído. Ella se acerca a susurrarle con su extraño acento; agradecida, con la delicada mano le acaricia las apretadas motas de mulato. Él termina de prestarle el resto de su cuerpo; por una noche de consuelo no se va a negar.

Tres días después, ya instalada en su casa y en su cama, lo invita a formalizar. Él es muy consciente de la parte que le toca con el asunto de los engaños. Amablemente la invita a irse, diciéndole que él para eso es un pésimo partido. Ella se retira, seca, sin hacer escándalos. Él casi se arrepiente, pero se muerde la lengua para no remorderse la conciencia. Ahora es él quien se siente desengañado. Qué raro el aire que respira. Ahora es Amaranto el que trata de olvidar, sintiéndose despechado por la vida.

Otra velada en un bar diferente. Mientras Amaranto sorbe con sus gruesos labios la segunda copa de un trago bien fuerte, se le acerca una chica que se había colado. No tendrá más de catorce. Lo conoce de verlo a hurtadillas en las pantallas. Se muere de ganas de pedirle que la inicie. Le clava los chispeantes ojitos de almendra, le sonrío para derretirlo, le arremolina el cabello rojizo. Él pierde la cabeza.

Esa larga noche, él pone todas sus artes al servicio del placer de esa chica, que aprende rápido a dejar de ser una primeriza. Casi no hay chismorreos, no se entienden sus idiomas. Pero es tan fascinante la vivencia que, por gestos, ella le pide cada vez más cosas. Sin saber que él está de verdad enloqueciendo.

La resaca del día después es espantosa. Ella ya se fue. ¿O la habrá soñado? Las marcas color ciruela de lápiz labial en la sábana y debajo de su cintura no dejan lugar a dudas. Ahora puede venir cualquier cosa, desde una noticia de embarazo hasta un juicio por corrupción de una menor. Se siente tan vacío y depravado que poco le falta para caer en una depresión. La cabeza se le llena de chismorreos baratos que le taladran los oscuros sesos.

De pronto, una llamada lo saca de su tremendo pozo.

Dentro de cuatro horas lo necesitan para filmar.

Punto.

A trabajar.

Amaranto se apronta. Se sumerge en un baño lo bastante largo y espumoso como para borrar de su piel achocolatada todo rastro de esas cosas raras de los días libres, cuando las aves de paso se hacen reales por poco.

Un mes después, cuando los rodajes con chicas profesionales se vuelven a hacer rutina y aquella licencia licenciosa queda casi en el olvido, se cruza con alguien en un parque. No hay caso, siente debilidad por las gringas. Ébano y marfil. Polos opuestos. Se gustan, se olfatean, se hablan, se enamoran. Pronto la tiene viviendo con él, hasta empiezan a decirse «te amo».

Ella sabe que él es actor de profesión, no le pregunta nada más. Le basta con entender que el corazón de Amaranto es solo para ella. A él tampoco le interesa entrar en detalles. Hasta allí llega su sentido de la decencia. Porque los ojos de almendra clavados en su mente como recordatorio de la inconsciencia de una loca noche duelen mucho más que ocultarle a su novia que trabaja en películas porno.

Vytautas

LISTA DE AUTORES Y LECTORES

AUTORES

Christian Arista Rojas
Ana María Ballester Portolés
M^a Carmen de Bernardo Martínez
Isabel Calderón
Alicia de la Calle
Giorgina Cerutti
María Adelaida Cano Cobo
Fabio Descalzi
Bárbara Díaz-Munío
Mercedes Escudero Rey
Angela Constanza Forero Mora
Eugenia García
Gema García Crespo
Christina Gmür Mosquera
Luis Fernando González Trujillo
Beatriz de la Fuente Marina
Aracely Hernández Travieso
Gonzalo Rafael Moya Villanueva
Ana Santana
Yoneko Shiraishi

LECTORES

Ignacio Álvarez
Sandra Anticona Arenas
Marta Artero
Lucía Bermúdez
Aurora Conde
Alfonso Ferrer
Fernando García Alonso
Fernán González-Alemán
Pablo Hernández
Maribel Hernández del Rincón
Malio Inostroza
Carlos Llull
Mercedes Martínez Mezo
María Nóbrega
Carlos Oppenheimer
Fiorella Parodi
Cristina Parzenczewski
Emmanuelle Turner

corazón vacaciones tiempo ahora ideas
critico paz belleza grandeza milagros
palabras comedia arte personas pensamiento
sentimiento creador imagen naturaleza
amar agua arquitectura tierra campo
juegos horizonte ciudad pueblo mundo
aventura traducir posesión familia
débil compasión ayudar disfrutar osar
mejor noche dulce certeza realidad
tempestad amigo bienestar sonreír deporte
universo hombre asteroide mujer tifón cuerpo
cuerpo moda colegio despedida triste pasión
majestuoso brillante austero payaso poesía
conductor pena sobrevivir despejarse saltar
campar donde viento flor interpretar
años presumir contemplar abusar
seno invierno calentar componente existencia
nobleza diestro bestia cultura